
SECCION DOCTRINAL.

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

segun las escuelas racionalistas. (1)

CAPÍTULO VIII.

DOCTRINA DE LA IGLESIA ÁNTES DEL CONCILIO DE NICEA.

§. 1.º

No creemos que sea una ilusion nuestra el resultado que la discusion precedente debe tener para todo el que, áun siendo racionalista, busque sinceramente la verdad en el punto que nos ocupa. Porque adviértase que no tratamos ahora de demostrar la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, para lo cual, además de lo hecho hasta aquí, tendríamos que probar el carácter sobrenatural de sus enseñanzas y la autenticidad y valor histórico indisputable de las narraciones evangélicas. Sólo se trata de si el Nuevo Testamento nos representa á Jesucristo como Dios; si sus discípulos y la Iglesia le tuvieron por tal; no de si esta creencia es ó no conforme á la verdad. Esta última cuestion no nos hemos propuesto ventilarla ahora; sólo estamos cerrando, ó procurando cerrar, una puerta por la que el racionalismo pretende evadirse, para no verse obligado á admitir

(1) Véanse los números anteriores.

la divinidad del Fundador del Cristianismo, ó rebajar grandemente la alta idea que los mismos incrédulos deben tener de la grandeza moral y de la sabiduría incomparable de Jesús. Todo lo que les repugna en el catolicismo lo tienen por efecto de evoluciones doctrinales producidas por elementos extraños á la enseñanza de Jesús. El fundó la *religion absoluta*, dicen con mucha razon; pero se equivocan lastimosamente si lo entienden en el sentido de una religion puramente idealista, sin dogmas, sin más precepto que el de que se le amara, como dice Renan, sin más doctrina que la de adorar al Padre en espíritu y verdad, no en templos materiales como el de Jerusalem ó Garizim. La simple lectura del Evangelio hace palpar lo errado de estas interpretaciones. Tambien se extasia el racionalismo, y con muchísima razon, ante la moral de Jesucristo; pero tambien en esto hace sus restricciones mentales, pues sólo se refiere al principio de la caridad y al de la pureza de intencion; y por cierto que la moral de Jesús es muchísimo más amplia. Pero en todo caso es cierto que para los racionalistas, como para los cristianos que creen en el órden sobrenatural, es Jesucristo el más grande personaje de la Historia; y se les hace doloroso verse precisados á admitir que se tuvo y se predicó como Dios—aunque con grandes temperamentos por evitar graves inconvenientes, dadas las preocupaciones del pueblo hebreo—y hasta que creyera en el órden sobrenatural y aún en los milagros. ¿Cómo conciliarlo todo? Echando la culpa á la incapacidad de sus discípulos y de los compiladores de su vida, como hace la mayor parte de los críticos y exegetas racionalistas, y buscando la ley del crecimiento de la supersticion de la Iglesia en el amor que Jesús inspiró á los suyos, como vemos que lo hace M. Reville, siguiendo á otros bastante más antiguos, como el teólogo racionalista Wegscheider y otros.

Pues este efugio es el que estamos combatiendo. Probad, si podeis, que los Evangelistas faltan á la verdad, ó que sus obras están escritas ya en el siglo segundo (hácia el año 160 decia Baur), y que, por lo tanto, no contienen la historia genuina y exacta de las enseñanzas y de los hechos de Jesucristo; pero si vencidos por la evidencia de las incontrastables razones que prueban lo contrario, admitís la autenticidad de los Evangelios

y su consiguiente exactitud histórica, no os queda el recurso de decir que en ellos no se enseña la divinidad de Jesucristo, porque los textos están á la vista, y la interpretacion que os veis obligados á darles, es á todas luces forzada, falsa, absurda á veces, como hemos procurado demostrar. Y aquí tenemos que hacer otra observacion. No sabemos por qué causa, aunque creemos adivinarla, nuestros modernos racionalistas tienen un horror invencible á los libros en folio y en latin, y no los estudian, por lo cual, con la mayor candidez del mundo nos repiten como razones perentorias las objeciones que ya hicieron los primeros impugnadores del cristianismo y despues los socinianos, sin advertir que los teólogos dogmáticos y los expositores las habian triturado completamente. Esta es la pura verdad. Así vemos á M. Reville, por ejemplo, amontonar todas las dificultades que se habian opuesto á la doctrina de la divinidad de Jesucristo, como enseñada en el Nuevo Testamento, y dándolas como cosa evidente, mostrar su desdén á los que todavía entienden que el racionalismo bíblico no ha probado nada, por más que á Reville le parezca que es por no haber leído sus estupendos descubrimientos de crítica y exégesis. Pues bien, no digo ya en los grandes autores que trataron expresamente la materia, sino en los teólogos más conocidos, en el mismo Perrone, por el que ha estudiado la mayor parte del clero español, están expuestas y refutadas las objeciones que nos hace. Cuán penoso sea tener que volver siempre á la carga contra los mismos enemigos y las mismas armas, cualquiera lo puede conocer. Y si M. Reville trabuca, involucra y falsea el alcance y significacion de los textos del Nuevo Testamento, que está en todas las manos, ¿qué hará con los textos de los Padres, que son inmensamente ménos conocidos? ¿Qué hace? Citar por referencia las más de las veces y buscando estas referencias en los mismos teólogos que habian rebuscado textos, ó para impugnar la fe de la Iglesia, como los socinianos, singularmente Crellio, ó para defenderla, como cualquiera de los teólogos no racionalistas. Petavio los habia aducido todos y aún más de los que alega M. Reville, y no por una simple cita al pié de la página, ó por tres ó cuatro palabras sueltas, como hace él; sino copiando los pasajes íntegros y en su lengua

original. Y hasta tal punto llevó su buena fe, que creyó sinceramente de dos ó tres Padres que se habian expresado como más tarde los arrianos, y habian pensado lo mismo. Y aunque esto nada probaria, supuesto que uno ó varios Padres pudieron engañarse, aún en puntos dogmáticos; todavía la piedad con que el teólogo católico mira á los que fueron catequistas, defensores y testigos de las tradiciones cristianas, ha hecho que se estudiaran mejor los padres sospechosos para Petavio, y se los halló, en efecto, perfectamente ortodoxos, si bien, no fijada aún la terminología, hablaron á veces con menor exactitud, porque hablaban con ménos cuidado, como dice San Agustin. Esto es lo que hay verdaderamente en los siglos antenicanos de que nos vamos á ocupar muy brevemente; pues no escribimos para los teólogos, sino más bien para filósofos y literatos, que son los racionalistas de por acá, y á quienes en todo caso remitimos, si quieren estudiar á fondo la cuestion, á los teólogos principales posteriores al socinianismo y contemporáneos de él, singularmente los que cultivaron la teología dogmática y patristica, pues los escolásticos se detienen ménos en los asuntos del dogma, para tratar más bien los propiamente especulativos.

§ 2.°

La fe de la Iglesia en la divinidad de Jesucristo durante los tres primeros siglos, como la fe en el misterio de la Santísima Trinidad, con la cual se confunde en lo que toca á la segunda persona; no consta solamente de alguno que otro texto aislado entre los escasos monumentos escritos que nos restan de aquella época, singularmente del segundo siglo, sino de hechos de más valía, públicos, notorios, que no se pueden negar ni tergiversar. Sea el primero la constante práctica de bautizar « en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, » segun la fórmula prescrita por el Salvador en San Mateo, cap. xxviii, 19, la cual manifiesta abiertamente la distincion de las tres personas, el Padre, el Paracleto ó consolador, y el otro Paracleto que Jesús prometió enviar á sus discípulos y les envió realmente el día de Pentecostés (Joh. xiv, 16; xv, 26; Act. ii). Ni manifiesta

ménos dicha fórmula la identidad sustancial, ó consustancialidad del Padre y del Hijo, ya que el bautismo se confiere *en el nombre*, esto es, con la autoridad de las tres Personas; y como no siendo verdaderamente Dios el Hijo y el Espíritu, habría entre ellos y el Padre una diferencia infinita de poder y dignidad, no es posible que pudiera decirse dado el sacramento de la regeneracion *en el nombre*, ó con la autoridad de las tres Personas, autoridad que en manera alguna podría ser comun á las tres, pues nada es comun á Dios y las criaturas. Y era de tal manera éste el significado de la fórmula bautismal, que los padres argüían con ella á los sabelianos, que negaban la distincion de las personas en la Trinidad, siendo tan notable como oportuno para nuestro propósito lo que dice Tertuliano, á quien M. Reville maltrata como veremos despues. « El bautismo, dice (*Contr. Marcion*, l. 1, c. 26), es la regeneracion del hombre; ¿cómo, pues, regenera el que no ha engendrado? No repite una cosa el que no la ha hecho por lo ménos una vez. Si por el bautismo se consigue el Espíritu Santo, ¿cómo da el Espíritu el que no dió ántes el alma? » Aquí se ve cómo Tertuliano da por cierto que el Hijo y el Espíritu Santo son Dios, porque nadie puede ser regenerado sino por el mismo que le crió. Y para que no se pudiera entender la fórmula del bautismo segun la enrevesada y ridícula interpretacion de los socinianos y racionalistas, como si se confriera en nombre del Padre de todos, del hijo Mesías y de la divina virtud; hace mencion especial de la trina inmersion del bautizado en el agua, como entónces se usaba, diciendo: « No una vez, sino tres, somos sumergidos á cada uno de los nombres de cada una de las Personas. »

La misma identidad de naturaleza en las tres divinas Personas suponen las antiguas *doxologías*, de que se ven ya más que indicios en los finales de las cartas de San Pablo, como al fin de la segunda Cor. y en otras, en las que se dice unas veces: « la gracia de Dios sea con vosotros, » y otras, al parecer indiferentemente, « la gracia de Cristo. » Pero entre ellas es notable la que San Basilio dice haber encontrado usada por San Gregorio Taumaturgo en todos sus sermones y escritos, concebida en estos términos: « A Dios Padre é Hijo, Nuestro Señor

Jesucristo, con el Espíritu Santo, gloria é imperio por los siglos de los siglos, amén.» Fórmula usada en los dos primeros siglos, como consta de las *Const. apost.*, l. VIII, c. 12, 13 y otras, y que manifiestamente indica igualdad en las tres Personas.

Pero es aún más claro y demostrativo el argumento que nace de los símbolos ó profesiones de fe que hallamos usados en los primeros siglos, y que era costumbre en la Iglesia enseñar á los catecúmenos ántes de admitirlos al bautismo. Entre éstos está el llamado símbolo de los Apóstoles, que sin duda alguna procede de ellos, aunque no se crea lo que suele decirse respecto á su composicion. En él se expresa la distincion y consustancialidad del Padre y del Hijo, siempre que no se le explique con interpretaciones violentas y contrarias al sentido obvio y natural; pues el Padre supone al Hijo, y vice versa, como tambien la igualdad de naturaleza, que en Dios tiene que ser forzosamente identidad. Otra exposicion sumaria de la fe de la Iglesia se halla en la carta sinodal de los Padres del concilio de Alejandría á Pablo de Samosata, en la cual, despues de exponer el dogma de la Trinidad y mencionar expresamente la divinidad del Hijo, que negaba aquel heresiarca, añaden: «Y así le confesaron (al Verbo) los santos Padres, y nos trasmisieron que le confesáramos y creyéramos.» Y en el fragmento de San Dionisio Alejandrino contra los sabelianos, dice: «Así es como se conserva íntegra la divina Trinidad y la santa confesion de la monarquía (divina).» Anterior es la profesion de fe del concilio de Antioquía, reunido contra el mismo Pablo, y que dice: «Hemos decretado dar por escrito y exponer la fe que hemos recibido desde el principio, y tenemos conservada por tradicion en la Iglesia católica hasta el dia de hoy, desde los bienaventurados Apóstoles... que hay un solo Dios ingénito... y el Hijo engendrado, unigénito, sabiduría, y verbo, y virtud de Dios ántes de los siglos, Dios, no por conocimiento anterior, sino por sustancia é hispóstasis, Hijo de Dios... Y todas las iglesias católicas concuerdan con nosotros.» ¿Si sabrá mejor el racionalismo moderno lo que pensaban las iglesias cristianas de los primeros siglos, que los mismos pastores y prelados de ellas? El símbolo de San Gregorio Taumaturgo

decía: « Un Señor, sólo de el solo, Dios de Dios... Hijo verdadero de verdadero Padre... invisible del invisible, é incorruptible del incorruptible. Trinidad perfecta, que ni se divide ni se diferencia en gloria, eternidad y reinado. » Finalmente, el de las Constituciones Apostólicas (l. vii, c. 4), dice así: « Y en un Señor Jesucristo, su Hijo unigénito, que ántes de los siglos fué engendrado por voluntad del Padre, no criado; por quien todas las cosas fueron hechas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles. » Y adviértase que así en este símbolo, como en Atenágoras, Orígenes y otros, se llama á la Sabiduría *creada*, tomando la palabra de la version griega de los Setenta, lo cual muestra que querian decir *poseida*, como nuestra Vulgata, ó engendrada, voz que aplican al Hijo, aunque le identifican con la Sabiduría, como los autores sagrados y eclesiásticos. Pues bien; los símbolos eran una cosa pública y de uso comun, que se entregaban escritos á los catecúmenos, quienes los devolvían ántes de bautizarse, una vez aprendidos de memoria y comprendidos. Ellos prueban, por consiguiente, de una manera indudable, cuál era la fe pública y general de la Iglesia en los tres primeros siglos.

Otra prueba pública de la misma fe tenemos en las más antiguas actas de los mártires. Así leemos en las de los mártires de Lyon, que padecieron en tiempo de Marco Aurelio, que San Epipodio dijo delante del juez: « Confieso que Cristo es Dios con el Padre y el Espíritu Santo, » por cuyas palabras mandó el presidente del tribunal que quebraran al Santo los dientes. En la de San Policarpo se lee: « Por eso te alabo por todas las cosas, te bendigo y glorifico por el sempiterno pontífice Jesucristo, tu amado hijo, por el cual es para TÍ, con Él en el Espíritu Santo la gloria ahora y en los futuros siglos de los siglos. » Y San Policarpo llegó á ser discípulo inmediato de San Juan apóstol. En las actas de San Ignacio, que tambien lo fué, se lee, que habiéndole preguntado Trajano: « Quién es el theóforo, » respondió: « El que tiene á Cristo en el corazon... Hay un solo Dios... y un solo Jesucristo, Hijo unigénito de Dios. » En las actas de Santa Sinforosa se lee que la Santa respondió al emperador Adriano: « Si soy quemada por el nombre de Cristo, mi Dios, martirizo más á aquellos demonios tuyos. »

En las de Santa Felicidad responde Marcial, el menor de sus hijos: « Todos los que no confiesan que Cristo es verdadero Dios, serán arrojados al fuego eterno. » En las de San Acacio se lee: « Lo que tanto deseaba saber (dijo el presidente) lo acabas de confesar: el error de vuestra creencia y vuestra secta. ¿Con que Dios, segun dices, tiene hijo? Respondió San Acacio: Le tiene. Dijo Marciano: ¿Quién es el Hijo de Dios? Respondió Acacio: El Verbo de la verdad y de la gracia... Expresa el nombre. Respondió San Acacio: Llámase Jesucristo. Dice Marciano: ¿De qué mujer, dí, fué concebido? Respondió San Acacio: El Hijo de Dios, Verbo de verdad, procedió del corazon de Dios; por eso está escrito: *Eructavit cor meum Verbum bonum.* » Finalmente, en las actas de los mártires scilitanos, dice Donata: « Al César damos honor; mas reverencia y culto le prestamos á Cristo, Dios verdadero. » Testimonios son estos que en ninguna manera se pueden tergiversar, y que expresan la fe pública de la Iglesia, confesada ante los tiranos, y con anhelo piadoso recogida por los notarios cristianos que componian las actas, que eran despues públicamente leidas en las reuniones litúrgicas de los cristianos para aliento y edificacion.

Las sectas heréticas de los primeros siglos nos ofrecen otra prueba manifiesta de la fe de la Iglesia acerca de la divinidad de Jesucristo. Unas, porque confesaban la misma fe, como los nazareos, al ménos los que no se convirtieron algo más tarde en ebionitas, pues para nosotros es probable que estos últimos nacieron de los primeros; mereciendo citarse el siguiente texto de una obra apócrifa á ellos debida, las *Recogniciones y Homilias clementinas*, en donde se lee: « Porque á tí pertenece eterna gloria, alabanza al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por todos los siglos, amén. » Los docetas y fantasiastas dualistas, coetáneos ya del Apóstol San Juan, como hemos visto, negaban á Jesús la naturaleza humana, porque la creian indigna de un Dios; y sólo los ebionitas entre las más antiguas sectas, negaron expresamente la divinidad de Jesucristo, siendo una secta tan oscura é insignificante, que aún hoy en día es cuestionable si tuvo un jefe fundador, llamado Ebion, ó más bien se llamaron así por ser ó afectar ser pobres (ebionim).

La exageracion de los docetas es una prueba evidente de la fe de la Iglesia en la divinidad de Jesús (á lo ménos una divinidad secundaria), con la cual no acertaban ellos á conciliar la bajeza de la humanidad; y la negacion de los ebionitas y de los que posteriormente siguieron sus opiniones, lo es igualmente, puesto que por ello fueron tenidos por herejes. Y es muy de notar, respecto á las varias ramificaciones de las sectas gnósticas que negaron la divinidad propiamente dicha de Jesús, que, á la manera de los modernos racionalistas, no negaban abiertamente su oposicion á la doctrina de los Apóstoles, sino que decian que éstos no habian comprendido bien todo lo que oyeran de boca del Salvador, ó bien que no todo lo habian enseñado públicamente; y así no era extraño que la parte doctrinal que habian ocultado al vulgo y ahora ellos revelaban, pareciera contraria á la tradicion. Así nos lo aseguran San Ireneo y Tertuliano, sus contemporáneos y testigos de mayor excepcion. Es exactamente la misma conducta que observan nuestros racionalistas, los cuales afirman que los discipulos de Jesús desfiguraron sus doctrinas, y pretenden ser cristianos sin admitir casi nada del cristianismo, inclusa la divinidad del Fundador, en la que todo el cristianismo tradicional descansa.

Sentimos que la premura del tiempo y ocupaciones precisas no nos hayan permitido leer con este exclusivo objeto alguna de las nuevas ediciones de los Padres apostólicos, ni los Evangelios apócrifos; en donde seguramente hay bastantes pasajes en favor de la divinidad de Jesús. En uno de los *Evangelios de la Infancia*, se hace decir á Jesús estas palabras á su Madre: «Yo, á quien tú has dado á luz, soy Jesús, el Hijo de Dios, el Verbo, como lo anunció Gabriel, y mi Padre me ha enviado para salvacion del mundo.» De los Padres apostólicos citaremos luégo algunos pasajes decisivos. Los apócrifos que no están escritos con espíritu de secta, nos ofrecen con suma fidelidad los sentimientos é ideas reinantes entre los cristianos de los primeros siglos; y en lo que añaden á los canónicos, ordinariamente exageran su parte sobrenatural, sóbriamente relatada en éstos; no es, pues, extraño que en ellos se encuentre expuesta la divinidad del Salvador, y hasta en boca de

Pilatos dando cuenta al César de la muerte de Jesús, como se lee en las llamadas *Actas de Pilatos*, cuya primera redaccion no es posterior al segundo siglo, sino quizá de últimos del primero, puesto que San Justino las cita ya en su primera *Apología*, escrita, si no nos es infiel la memoria, hácia el año 138.

Otra prueba nos ofrecen los judíos en sus controversias con los cristianos, como tambien los filósofos paganos en las suyas. Para los primeros fué siempre un escándalo, como dice el Apóstol, la idea de un Dios crucificado, como era para los paganos una necedad. Así lo acredita la carta llamada de *San Bernabé*, cuya antigüedad despues de descubierto el texto griego del Códice Sináitico, se hace subir á los últimos decenios del primer siglo, á juicio de un crítico tan competente como Tischendorf, descubridor y editor del citado Códice. Así resulta tambien del *Diálogo con Triphon*, de San Justino, en el cual se expone la discusion habida con aquel judío, que no cesa de oponer aquella dificultad. Lo mismo resulta claramente en lo que toca á los paganos, de las Apologías de Orígenes, San Cipriano, Arnobio, Tertuliano, Lactancio, etc., por no citar el Diálogo *Philopatros* atribuido á Luciano, y escrito, segun otros, á su imitacion ya en el cuarto siglo, en el cual se da, ridiculizándola, una idea clarísima de la Trinidad. Añádase á esto lo que tanto echaba en cara Celso á los cristianos en el siglo segundo, á saber, que creian que Dios habia venido al mundo para salvar al hombre, que admitian un Dios crucificado y muerto, que tenian que admitir mudanza en Dios, ya que admitian su encarnacion; añádase lo que dice Plinio el jóven en su carta á Trajano, esto es, que los cristianos se reunian un dia de la semana para *cantar himnos á Cristo, como Dios*, y lo que escribe Adriano á Severiano, que los alejandrinos adoraban unos á Serapis y otros á Cristo; y no puede quedar duda alguna sobre la fe de la Iglesia en la divinidad de Jesucristo, cosa tan conocida y vulgar, que la sabian los mismos paganos. Ante este cúmulo de datos ¿qué prueban las opiniones particulares de algunos sectarios, que por el mismo hecho fueron considerados como tales y expulsados de la Iglesia?

Demos ahora algunos textos de los llamados Padres apostólicos, anteriores á San Justino mártir, á quien suelen acusar algunos racionalistas, bien atrasados por cierto, de haber introducido en la Iglesia las ideas platónicas acerca de la Trinidad, como si los oscurísimos pasajes de Platon que suelen alegarse, y algunos por cierto no auténticos, tuvieran que ver nada con la Trinidad cristiana. En la citada carta de San Bernabé se dice entre otras cosas que «Dios no vino al mundo á llamar segun acepcion de personas, sino sólo á aquellos sobre quienes habia preparado el Espíritu Santo.» (Cap. xix.)

En el libro de Hermas titulado *El pastor*, se lee que «el Hijo de Dios es más antiguo que toda criatura, de modo que asistió en el consejo de su Padre para criar el mundo,» lo cual conviene perfectamente con el dicho de San Juan: «Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada se hizo de cuanto ha sido hecho,» y con lo que en los proverbios se dice de la sabiduría: «Cuando preparaba los cielos, estaba yo allí... con Él estaba disponiéndolo todo...» De estas fuentes y no de los gnósticos bebió Hermas lo que dice del Hijo, haciéndole con-creador de todas las cosas, atributo que sólo puede convenir á la divinidad; por lo cual todos los pasajes de la Escritura y los Padres que refieren la creacion al Hijo, ó dicen, segun la frase más usual, que el Padre crió todas las cosas *por el Hijo*, dan á entender la divinidad de Éste, pues los gnósticos, Philon y todos los sectarios y filósofos que atribuyen la creacion, ó más bien, la produccion del mundo material por emanacion, á un principio subalterno, se la niegan al Dios sumo llevados de ideas dualísticas, por las que no se avenian á hacer derivar la materia y el mal del sumo bien. Nada de esto hay en la Escritura ni en los Padres; ántes combaten briosamente semejantes absurdas teorías; por lo cual, repetimos, al atribuir la creacion al Hijo, como sabiduría, energía, poder, instrumento del Padre, le atribuyen implícitamente la naturaleza divina.

San Clemente romano habla en su primera carta á los corintios, cap. II, de la *Pasion de Dios* y de la efusion del Espíritu Santo; y del mismo cita San Basilio la siguiente frase: «Vive Dios, y el Señor Jesucristo, y el Espíritu Santo,» en

cuyo texto, como en otros innumerables del Nuevo Testamento y de los Padres, la palabra Señor, precedida como está del artículo, implica la divinidad de la persona de Jesucristo, no siendo sino la traducción de la palabra *Jehovah*, que los Setenta traducen constantemente por *Señor*, *κύριος*, como traducían por *Dios*, *θεός*, las palabras *Elohim* y *Adonai*.

De San Policarpo hemos citado arriba un clarísimo testimonio sacado de la Historia de Eusebio de Cesárea, y no hay por qué insistir más en él, porque el mismo Reville confiesa que tanto San Policarpo como San Ignacio pertenecen á la escuela de Juan. Este San Ignacio dice en su carta á los de Magnesia: «Estad sumisos al obispo, y entre vosotros, como Jesucristo segun la carne al Padre, y los Apóstoles á Cristo y al Padre y al Espíritu.» Y las actas de su martirio se cierran con esta cláusula: «Terminó su carrera en Cristo Jesús Nuestro Señor, por el cual y con el cual sea gloria y poder al Padre con el Espíritu Santo por los siglos, amén.» Y en la carta á los efesios llama á Jesús *Dios llevado en el vientre* de María; y en la ántes citada, cap. VIII, *Verbo eterno procedente del Padre*.

Añadiremos un texto que, áun siendo de una obra apócrifa, es anterior á San Justino, y manifiesta las creencias cristianas de la época. Es el libro VI de los versos sibílinos, en los que se lee: «¡O bienaventurado madero (la cruz) en que fué extendido Dios!» y en el libro VII le llama *gran Dios engendrado*; y en el *Testamento de los XII Patriarcas*, obra probablemente de fin del siglo primero ó poco posterior, se hace decir á Simeon: «Dios, tomando un cuerpo, y comiendo con los hombres, los salvará.»

Parécenos que concurriendo á testificar la fe de la Iglesia en los primeros siglos acerca de la divinidad de Jesucristo hechos tan públicos, como la conducta de la Iglesia en la administración del Bautismo, los símbolos ó compendios de fe por los que se instruía á los catecúmenos, la pública profesion de los mártires delante de sus jueces y tiranos, las sectas mismas heréticas que la confesaban y las que la negaban, aquéllas porque no fueron combatidas por ningun escritor eclesiástico, y éstas porque lo fueron á título de introducir novedades contra-

rias á la tradicion y basadas en una errada interpretacion de los textos bíblicos y en falsas filosofías, los mismos judíos y paganos, como el famoso Celso, cuyas objeciones conserva Origenes con singular buena fe en su obra inmortal, y en fin, no escaso número de los pocos escritores eclesiásticos cuyas obras ó fragmentos se han conservado; parécenos, digo, que la fe en la divinidad de Jesucristo en los tres primeros siglos de la Iglesia alcanza un grado de evidencia tal, que sólo el ciego voluntario puede dejar de verlo así. Ante datos tan evidentes ¿qué significa tal cual ambigüedad de términos que se encuentra en algunos Padres, ántes de quedar fija la terminología delicada y difícil de una doctrina, que lo es tanto como la doctrina de la Trinidad? Es dignísimo de ser leído lo que sobre este punto escribe Petavio en sendos capítulos, aunque debemos confesar que él mismo se equivocó algun tanto, como lo ha probado Thomassin con otros teólogos posteriores; mas aquellos capítulos tan eruditos en materia tan difícil, no son alimento digestible para los flacos estómagos modernos. Mas ¿qué remedio? Ó no hablar del asunto, ó enterarse bien; y M. Reville que, como suelen los racionalistas, no hace lo uno ni lo otro, no tiene derecho á que se tenga su trabajo por cosa seria. Repito que no cita un solo texto en su favor, que no esté explicado y concordado con la doctrina católica en el libro inmortal de los *Dogmas teológicos*, y mejor aún en la obra especial de Prudencio Maran sobre la *Divinidad de nuestro Señor Jesucristo*.

§ 3.º

Veamos, á pesar de todo, las principales aseveraciones de M. Reville en este punto. Aunque no quiere entrar en la cuestion de fechas, da por supuesto que la del cuarto Evangelio es posterior á algunos de los que llamamos Padres apostólicos, y aún á algunos de los escritos apócrifos que restan, en donde se marca, segun él, el tránsito desde la cristología de Pablo á la de Juan. Ya hemos visto que no hay entre ellas diferencia alguna, como no sea la de llamar San Juan á Jesús el *Verbo*, no en el sentido de Philon, diga él lo que quiera, pues

este punto está ya harto esclarecido para que ningun crítico nos vuelva á repetir vejeces pasadas ya en autoridad de cosa juzgada. Lo mismo decimos de la fecha, ó mejor, de la autenticidad del cuarto Evangelio; aunque como este punto es tan importante para nuestro asunto, y toda la escuela de Baur y sus adictos franceses se obstinan en desconocer su autenticidad y considerarle como obra del siglo II, trataremos por apéndice este punto con toda la extension que merece.

Dice, pues, Reville que en los Padres apostólicos hallamos la idea más ó ménos acentuada de que Jesús es un Ángel ó Arcángel que se revistió de carne por orden de Dios, y cita las Clementinas y la carta de San Bernabé. Y ¿qué? Segun el modo de hablar de las Escrituras del Antiguo Testamento, ángel es todo enviado, que eso significa la palabra, y hemos procurado probar que el Mesías es llamado repetidas veces allí Ángel. Pero ¿qué Ángel? El Ángel del Testamento que vendria á su templo, el Ángel de la faz de Jehovah, que comparte con Él el nombre y por consiguiente la esencia y los atributos. No se trata de un Ángel criado, se trata del Ángel por excelencia, idéntico esencialmente con Dios, como hemos probado en su lugar. Lo mismo tenemos que decir de la denominacion *Espíritu Santo* que parece aplicar Hermas á Jesús; pues lo es efectivamente, ó como el mismo Reville dice, es el *Espíritu santo* por excelencia. Pero no entiende bien el pasaje de Hermas; porque éste no aplica la voz Espíritu Santo al Hijo de Dios, sino al hijo de la posesion ó hacienda de que trata en aquella *Semejanza*, que es la v; miéntas que al Hijo de Dios le representa en la persona del siervo ó esclavo que cultiva la hacienda. Omitimos hablar de lo que M. Reville cree una contradiccion en San Clemente romano, que llama á Jesús el *Logos* «pero en sentido impersonal, y se ve conducido por ello á confundirle con el Padre en un pasaje, aunque expresando su inferioridad en otro.» Tambien hemos visto que los Evangelios y San Pablo y todos los católicos, no confunden, sino que identifican la naturaleza del Padre y del Hijo, y declaran á Éste inferior en uno de los sentidos que hemos explicado.

Algunas de las cartas de San Ignacio están plenamente demostradas auténticas, y las citan los más doctos críticos del

cuarto siglo, como San Jerónimo; pero esto va de paso, ya que M. Reville no dice más de ellas, sino que tocan más de cerca la teoría juanista. Vamos, pues, á San Justino, de quien dice que segun toda probabilidad no conocia el cuarto Evangelio. Esto lo veremos en su lugar, donde probaremos con toda certeza que San Justino conocia y usaba el cuarto Evangelio. «Su doctrina, dice Reville, áun haciendo á Jesús el Verbo divino —y ¿qué más quiere, si efectivamente conocia y usaba San Justino el cuarto Evangelio?— no ha alcanzado todavía la solidez ni trabazon interna de la teoría contenida en el libro canónico. Para él, Jesús es el Verbo emanado de Dios como el fuego emana del fuego — semejanza que usa el símbolo niceno que se canta todavía en la misa — por medio del cual Dios lo ha criado todo, pero no es, sin embargo, más que el primero de esos numerosos seres intermedios, que son instrumentos de la voluntad divina en el mundo. Así, en Justino, la diferencia entre el Verbo y los Ángeles queda aún eso que los alemanes llaman *flüida*.» ¡Buena fluidez, cuando los Ángeles son criados por medio del Verbo, y Éste emana del Padre, es decir, es engendrado, como puede esto ser en la divinidad, es decir, sin division, ni disminucion, ni cambio alguno en la esencia!

No nos importa grandemente apreciar con exactitud el sentido de una obra apócrifa, cual es la llamada *Homilias clementinas*, en donde dice Reville que «pugna el sentido monoteista con la tendencia á hacer de Jesús un segundo Dios al lado del primero;» como si fuera cosa corriente que la divinidad de Jesucristo se opusiera al monoteísmo. Pero estos señores quieren sin duda hacer creer que todos los católicos, y protestantes supernaturalistas, somos unos mentecatos. Por lo demás, en la Hom. III, c. 32 de las citadas, se enseña que debe darse uno y el mismo culto á la Santísima Trinidad, por estas palabras: «Porque á tí pertenece la gloria eterna, alabanza al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo por todos los siglos, amén.» Después de esta clarísima doctrina ¿cómo puede querer decir el citado libro que el Hijo, en su naturaleza superior, sea infinitamente menor que el Padre? Y cuando dice que Cristo se manifestó en Adam, Enoch, Noé, etc., es manifesto que sólo da á entender que los patriarcas simbolizaron á Jesucristo, como

se enseña aún comunmente, y en algunos casos es clarísima la semejanza.

Y despues de alegar algun texto aislado más ó ménos oscuro, de escritos ortodoxos ó apócrifos, como vamos viendo; dice M. Reville que *en medio de aquella mezcla confusa de opiniones*, iba prevaleciendo la teoría del cuarto Evangelio, haciéndose predominante desde el año 160. Pero tiene buen cuidado de callar los hechos, prácticas y documentos públicos y notorios que hemos citado para poner de manifiesto la fe de la Iglesia desde su origen. ¿Es esto discutir con imparcialidad? Y esta fidelidad, dudosa al ménos, en la discusion, aparece más clara cuando trata de escritores posteriores, confundiendo por una parte la fe de la Iglesia en el dogma con las explicaciones que dan de él los diversos escritores al defenderle, ó procurar entenderle hasta donde es dado á la humana razon. Esto no es justo. Todavía suelen aplicarse á la Trinidad las semejanzas del Sol, que es luz y calor, de la extension, que tiene tres dimensiones, etc., etc.; y sin embargo, consta ciertísimamente que los mismos que gustan de estas y otras comparaciones y símbolos, creen el dogma como la Iglesia, aunque no le expliquen con gran felicidad.

Por eso, y porque tendríamos que escribir un libro prolijo, de esos que la generacion actual no lee, no seguiremos á M. Reville, explicando los textos de los Padres que él no hace más que citar y presentar en el peor sentido posible. Repetimos con toda lealtad y sinceridad, que el sentido de esos y otros textos está completamente discutido y aclarado en los teólogos ya citados, de modo que M. Reville no ha descubierto nada nuevo, como tal vez no lo sea el procedimiento de presentar como pruebas los textos acumulados en los teólogos como objeciones; aunque más creemos que los ha tomado de sus predecesores antitrinitarios y racionalistas; porque hasta la idea fundamental de su escrito, la glorificacion lenta de Jesucristo por el amor que á sus discípulos inspiró, está ya expresa en Wegscheider, repetidas veces citado y refutado por Perrone. Haremos, á pesar de lo dicho, alguna excepcion respecto á Tertuliano y Orígenes.

Cuando San Ireneo habla del Verbo *no proferido* en el seno

del Padre, no hay que entender como Rville *no personal*, sino *no manifestado* por la creacion de las cosas, que los Padres atribuyen comunmente al Verbo, ó al Padre por el Verbo; siendo esta manifestacion, así como la mision temporal de Jesucristo, una especie de prolongacion de la generacion eterna, como decia Bossuet; y así nunca en la Escritura se dice enviado el Padre, sino el Hijo por el Padre y el Espíritu Santo por el Padre ó el Hijo, segun el órden de procesion. Pues eso mismo hay que entender de Tertuliano, *pasablemente materialista*, dice Rville, confundiendo el pensamiento del gran Tertuliano, con su enérgica y no siempre limada expresion. De esa manifestacion del Verbo habla Tertuliano en el lugar citado por Rville y en otros; y la prueba evidente, además de ser él quien puede decirse que divulgó entre los latinos la palabra *Trinidad* en el sentido que le da la Iglesia, es que en el cap. 8 *Contra Praxeam* dice: «La Palabra (ó el Verbo, pues así traducia la version usada por Tertuliano la voz *Verbum*) está en el Padre siempre, segun dice: *Yo en el Padre; y con Dios siempre*, segun está escrito: *Y la Palabra estaba con Dios; y nunca separada del Padre, ó diferente del Padre*, porque: *Yo y el Padre somos una cosa.*» En el mismo sentido se entienden Taciano, Theóphilo de Antioquía y San Hipólito, que ofrecian la misma dificultad. Cuando Tertuliano dice que el Hijo es hecho, engendrado, creado por el Padre, que es un rayo, una extension del Padre, una *derivacion del todo*; no expresa otra idea que la de la procesion ó generacion del Hijo, y hace grave injuria al talento, ciencia y profundidad de Tertuliano el que le cree capaz de haber pensado que la divinidad se podia fraccionar, participar en grados diversos, que podia darse un Dios mayor y otro menor. Lo mismo tenemos que aplicar á la «emision del Espíritu Santo,» que habiendo sido posterior á Cristo, trastorna segun Rville la creencia de la Iglesia, que admite que Jesús fué engendrado en el seno de María por el Espíritu Santo. Ante tal ignorancia de la doctrina más elemental de la Iglesia ¿qué hemos de decir? Remitir á nuestro adversario y á los muchísimos que con una preparacion parecida á la suya atacan al catolicismo, á cualquier catocismo explicado de la doctrina cristiana. Pero hay más: el mismo

Reville dice que Tertuliano «abre el camino á la ortodoxia ulterior enseñando positivamente que el Padre y el Hijo son de la misma esencia, y dice que es el Hijo *Lumen de lumine.*» Pues siendo así ¿qué significa todo lo que ántes dice de Tertuliano, si no quiere hacerle incurrir en la contradiccion más grosera? Evidentemente le ha entendido mal.

Lo mismo sucede con Clemente alejandrino y Orígenes principalmente, quien se ocupó en particular de defender la distincion de Personas contra Noeto. Él defiende las tres hipóstasis distintas en orden, no en dignidad, como quiere Guerike; pues no podia ser otra cosa, confesando el mismo Guerike que Orígenes considera á las tres hipóstasis como de una misma naturaleza y esencia; pues no es posible crearle tan rudo, como hemos dicho de Tertuliano, que pudiera admitir grados de dignidad ó perfeccion en la naturaleza divina, ó que ésta pudiera dividirse y participarse en más y en ménos. Llamó además al Verbo *eterno*, insistiendo en este punto, con lo cual es claro que establecia una diferencia esencial entre Él y las criaturas todas, pues en otro caso nada venía á decir. Esto prueba que tampoco entiende á Orígenes M. Reville, cuando dice que para él era eterna la creacion y singularmente las almas. Pues entónces ¿para qué sostiene con especialidad la eternidad del Verbo? ¿O es acaso para distinguirle del Padre, como si Éste no fuera eterno? Luego Reville necesita no hablar de Orígenes, ó estudiarle ántes mejor.

Respecto á las diversas sectas que afligieron á la Iglesia tocante el punto que nos ocupa, y sobre las cuales se despacha á su gusto, como suele decirse, nuestro adversario, afirmamos resueltamente: 1.º, que sin Platon ni Aristóteles ni las theosofías orientales no hubieran existido; pues sus trabajos iban todos dirigidos por doctrinas filosóficas inmediata ó mediatamente derivadas de aquellos filósofos y de las otras fuentes de que hablamos arriba, y tendian á amalgamar con ellas el cristianismo, achicando la más alta doctrina hasta hacerla entrar en los moldes de una concepcion filosófica; 2.º, que jamás apelaron á la tradicion de la Iglesia, que les era contraria, al revés de lo que hacian los Santos Padres; 3.º, que fueron muy pocos y no tuvieron eco entre los fieles, ni siquiera cuando los arria-

nos alcanzaron el favor de la potestad secular, del que usaron y abusaron ámpliamente; y aún para el escaso éxito que alcanzaron, tenían que usar de fórmulas capciosas, para no escandalizar y alejar de sí á la masa de los fieles, que sin estar en disposicion de juzgar aquellas sutilezas, mantenian el principio de la divinidad de Jesucristo que habian aprendido ántes de bautizarse. Tanto los unitarios como Praxeas, Noeto, Paulo Samosateno y Sabelio, como los arrianos en todas sus ramas, argüian principalmente con la razon y la filosofia, no investigaban la doctrina cristiana trasmitida en la Iglesia desde los Apóstoles, y si citaban algun texto de la Escritura, le interpretaban tambien á su manera, no conforme al sentido tradicional, que es la cuestion que en este momento nos ocupa. En una palabra, eran *innovadores*, y como tales fueron combatidos por los Padres de la Iglesia, varios en el modo de explicarse ántes de fijarse la terminología y segun las herejías contrarias que combatian, pero idénticos en el fondo, en la esencia del dogma, que no es otro que la encarnacion con sus consecuencias precisas. Y eso mismo hacen hoy sus sucesores, por más que, para cohonestar su apostasía real, aunque continúan empeñándose en que se los tenga como cristianos, procuren muchos apoyarse en el Evangelio, al que violentan y torturan, y los más francos acusen á los mismos escritores sagrados de preocupaciones de una época de rudeza y escasa cultura intelectual, y de mezclas de la doctrina de Jesús con teorías filosóficas derivadas principalmente de Platon, en quien ven claramente la doctrina de la trinidad muchos que no la ven en el Evangelio que dice: *enseñad... y bautizad en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. La raiz de todo es el racionalismo, que no puede recabar de sí la creencia en un misterio, en nada sobrenatural, como si la razon humana fuera la norma de toda verdad, es decir, el único Dios. Y no quiere comprender que no es más difícil admitir lo sobrenatural y el misterio, que admitir el órden metafísico; y ya el positivismo le va enseñando algo bueno en este punto; y el espiritualismo tísico é infecundo racionalista, se siente impotente contra los ataques de los positivistas y materialistas, que hoy por hoy son los que prevalecen en el mundo.

CAPÍTULO IX.

LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD Y LA RAZON HUMANA.

En un asunto tan delicado, por el cual, sin embargo, suelen entrarse los racionalistas como por su casa, no nos atrevemos á proceder solos, aunque parece que estamos oficialmente obligados á saber lo que tenemos que decir. Por eso vamos á copiar ó extractar en este capítulo lo que sobre el asunto que nos ocupa dice la magnífica é imponderable *Apología del Cristianismo* del doctor Héttinger, sintiendo profundamente que la traduccion castellana de esta obra no proceda inmediatamente del alemán, cuya quinta edicion tiene aumentos y mejoras de alto interés, que la ponen al corriente de las novísimas lucubraciones filosóficas, del darwinismo, del monismo (pase la palabra), de la teoría de lo inconsciente, etc. Aun tal como está en castellano, no sería mucho pedir á nuestros racionalistas y á todos los que se ocupan de cuestiones religiosas, que la leyeran con algun detenimiento ántes de atacar cualquier punto de la doctrina católica, con lo cual no dirian tantos absurdos como suelen, ni podría echárseles en cara una ignorancia casi completa de semejantes asuntos. La equidad, además, pide que se estudien los fundamentos de las dos partes, ántes de arrojarle á dar una sentencia condenatoria, y en el momento actual no hay obra que pueda compararse con la de Héttinger en cuanto toca á la apología general del cristianismo.

La doctrina de la Trinidad es la única que se halla en estado de conciliar las dos opiniones contrarias que nos ofrece la historia de la Filosofía y de la Religion respecto al modo de concebir la esencia divina: la unidad rígida y muerta del monarquismo y la trinidad panteística ó de la emanacion. En la

Trinidad cristiana no se nos presenta Dios como un sér eternamente aislado é inanimado, ni el mundo como producto fatal de su actividad de vida y de amor; ántes halla en sí mismo y con anterioridad á toda creacion un objeto completamente digno de su eterno amor. Sólo este misterio concilia las profundas contradicciones que existen entre el monoteismo abstracto y puramente exterior, y los sistemas politeistas y panteistas; y la prueba de ello la hallamos al ver con cuánta facilidad degeneran en panteistas las dos formas monoteistas, que del modo más exclusivo y pertinaz han rechazado nuestro dogma, el judaismo (no poco degenerado de su antiguo sér), y el mahometismo.

La Trinidad es indudablemente un misterio, y la base y coronamiento de todos; el talento más perspicaz no puede comprenderle, ni inteligencia alguna criada llegar á concebirle. En él se nos ha revelado « la vida íntima de Dios, que se envuelve bajo resplandor impenetrable, » y que nuestra inteligencia sólo concibe por analogía y nunca de una manera adecuada; porque si de ello fuera capaz, lo finito sería igual á lo infinito, supuesto que « comprender es igualar. » Como dice Dante, en este asunto no podemos alcanzar el *cómo* y tenemos que contentarnos con el *por qué*:

Matto e chi spera che nostra ragione
 Possa trascorrer l'infinita via
 Che tiene una sustanzia in tre persone.
 State contenti, umana gente, al *quia*;
 Che se potuto aveste veder tutto,
 Mestier non era partorir Maria.

Pero esta es cabalmente la prueba de su origen divino y no humano; porque el hombre no inventa lo que no puede comprender, y su razon se subleva cuando necesita admitir lo que no puede penetrar. ¿Acaso los primeros cristianos, acosados por el monoteismo estrecho de los judíos de su tiempo, por el politeismo pagano y por las doctrinas impregnadas de panteísmo de la filosofía contemporánea, se complacieron en inventar dificultades contra su creencia y hacer así más difícil su defensa? Y si á ello los llevó poco á poco el amor á Jesús, ¿qué

fué lo que los llevó á divinizar al Espíritu Santo? ¿O prevalecieron todas estas doctrinas precisamente porque eran las más increíbles y absurdas, como se expresa uno de nuestros adversarios? Y siendo así, ¿en qué se diferencia la idea que los racionalistas tienen de la humana razon, de la que tenía el difunto marqués de Valdegamas, de quien tanto abominan? No es, pues, de invencion humana este misterio. Cuando Dios nos habla de su vida íntima y divina, es preciso que presente á nuestra inteligencia todo un mundo de verdades misteriosas, inaccesibles á nuestra razon, respecto á las cuales el mundo criado nos presentará analogías, pero nada que las iguale. ¿Sería revelacion la que sólo nos enseñara lo que el entendimiento humano hubiera encontrado ó podido encontrar por sí mismo? De aquí, empero, no se deduce que el dogma de la Trinidad sea del todo extraño al entendimiento humano y completamente ininteligible é inconcebible, porque en tal caso no podria ser objeto de una revelacion hecha á la inteligencia humana y para ella. Por el contrario, si el entendimiento humano ha sido hecho á imágen del Dios que le crió, el original se reflejará en él como en un espejo. La vida personal en Dios será el prototipo de la vida espiritual del hombre, y analizando la personalidad limitada y relativa de éste, podremos elevarnos, por lejana analogía, hasta cierto conocimiento de la vida espiritual absoluta.

De los símbolos de la fe y definiciones de los concilios, basados unos y otras en las doctrinas de Jesucristo y los Apóstoles, resulta que en la Trinidad no hay sino una sola é idéntica naturaleza y esencia divina, subsistente en tres personas; mas de tal modo, que las denominaciones Padre, Hijo y Espíritu Santo no designan simplemente diversas formas de manifestacion, ni son en manera alguna nombres vanos que no tengan significado. Una persona no es otra, sino que son realmente distintas; pero las tres personas son Dios; un sólo é idéntico Dios. Como hay distincion de personas, pero unidad de esencia, hay en Dios *uno* y *otro*, pero no *una* y *otra cosa*. La Trinidad personal es la manera completa de existir propia de la naturaleza divina, que es una. Mas ¿qué es naturaleza? ¿Qué es persona? ¿Cuáles son las relaciones entre persona y natura-

leza? La escasez de las lenguas griega y latina hicieron sumamente difícil la adopción de una terminología fija, siendo sumamente curiosos los esfuerzos hechos para llegar á este resultado, y no poco profundos los estudios sobre esta parte de la metafísica. Mas al tratar de un dogma de la Iglesia, deben aceptarse los términos en que le expone, en el mismo sentido en que ella los toma; no precisamente en el que les dieran los autores clásicos paganos, ó en el que les dé cualquier sistema filosófico moderno. Procuremos hacer inteligible la divinidad por su remota analogía con la humanidad. La naturaleza, la esencia de una cosa, no es idéntica á su individualidad; porque la naturaleza es algo general, comun á muchos é indeterminada, y no se hace algo determinado y propio sino por la *individualización*. Así es como la naturaleza del hombre es comun á todos los hombres. Si la considero sola con abstracción de la individualidad, no hay diferencia alguna entre todos los hombres; porque no son tales sino por la posesión de una naturaleza comun, la humanidad. Pero esta naturaleza comun á todos existe en cada uno de una manera diferente, y toma en cada cual una determinación particular y propia, que sirve para distinguirlos unos de otros, y hace que uno sea positivamente tal persona, tal individuo y no otro. La naturaleza es en ellos lo comun; la personalidad lo propio, lo incomunicable. La personalidad es el modo de existir de la naturaleza espiritual, así como la mera *individualización* es el modo de existir del sér material. En la realidad la naturaleza, la esencia, no se nos presenta nunca sin esta forma individual, y la personalidad es con razón llamada el último complemento de la naturaleza espiritual; pero de ninguna manera se deduce que no podamos ni debemos distinguir entre la naturaleza y la personalidad, entre la esencia y la individualización. Al paso que la naturaleza del hombre no se hace real, sino en el hombre individual, y así se multiplica la naturaleza humana en proporción á la multiplicación de las personas; la naturaleza única de Dios subsiste bajo una triple forma de existencia, bajo tres personas, sin que por eso la Trinidad de personas destruya la unidad de esencia. En el hombre la unidad es ideal (específica), miéntras que su multiplicación, según el número de

individuos, es real (numérica); en la Trinidad, por el contrario, la unidad es real (numérica), y la distinción ideal, porque la persona y la naturaleza no se dividen, sino en el pensamiento (virtualmente), pero no efectiva y realmente: son distintas, pero no separadas. Cada persona es Dios, y por consiguiente, no hace sino uno con la esencia ó naturaleza, aunque no sea su modo de subsistencia único y adecuado. Este modo de subsistencia es tripersonal, porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola é idéntica naturaleza, pero de una manera distinta. El Padre la tiene de sí mismo, el Hijo del Padre y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. La idea de persona en Dios expresa, pues, necesariamente una relación, *genitor, genitus, spiratus*. Esta unidad de naturaleza en la distinción real de personas es precisamente lo que constituye el misterio. La Trinidad es y seguirá siendo para nosotros un misterio, por la sencilla razón de que no podemos concebir la divinidad sino según las ideas tomadas de objetos finitos y perecederos. Nuestras concepciones de la naturaleza y de la persona, tales como nos las sugiere nuestra vida intelectual finita, sólo encuentran en la vida divina una aplicación de analogía y de ningún modo adecuada. Las tres Personas se hallan constituidas como tales por caracteres personales y propiedades distintivas, que expresan sus cualidades recíprocas y las determinan como personas. El Padre no tiene principio de quien proceda; el Hijo procede del Padre que le engendra, y el Espíritu Santo procede de los dos. Estas determinaciones, como caracteres propios y distintos, no pertenecen á la esencia, que es común á los tres, sino que señalan las relaciones, la conexión de las personas entre sí. En este flujo y reflujo de la esencia absoluta que se manifiesta en tres personas y se refunde en una misma naturaleza divina, consiste esa íntima compenetración de las mismas, llamada *circuminsección*. Las personas, pues, no están sobrepuestas, por decirlo así, ni son exteriores una á otra, sino que son interiores y se compenetrán recíprocamente, perteneciendo á cada una todos los atributos de la divinidad. De aquí el axioma teológico: «En Dios todo es uno y lo mismo, ménos la oposición de relación; *omnia sunt unum et idem, ubi non obstat relationis oppositio*».

§ 2.º

Expuesta brevemente la esencia del dogma, vamos á ver si se le puede justificar ante el tribunal de la razon, ó si más bien hay que rechazarlo como contrario á las leyes de la inteligencia, segun la opinion de Reville, copiada probablemente de Strauss en su *Doctrina de la fe*. «A la verdad, dice éste, y con él M. Reville, todo el que confiese el símbolo *Quicumque vult* (llamado comunmente de San Atanasio, aunque es posterior), abjura en el mismo hecho las leyes de la inteligencia humana.» Dos cosas puede hacer la razon humana tocante á este dogma: tratar de hacerle accesible á la inteligencia y comprenderle especulativamente hasta donde sea posible; y caso de no conseguirlo, no concluir que es contrario á las leyes de la inteligencia, sino procurar resolver las objeciones, áun en el caso de que no se hallara elemento alguno de prueba para una demostracion especulativa.

El dogma de la Trinidad es opuesto á la razon, dijeron los socinianos, y con ellos Bayle, Wegscheider, Ban y otros muchos racionalistas, porque tiende á hacernos creer que uno es lo mismo que tres y tres lo mismo que uno; que no hay sino un Dios verdadero, y, sin embargo, cada persona ha de ser Dios. Esta doctrina conduce necesariamente al sabelianismo ó al triteismo: al primero si la distincion de personas es sólo imaginaria é ideal; al segundo si esa distincion es real y positiva.

La exposicion del dogma hecha arriba nos excusa de responder á esto. Podemos decir con Kuhn: «Contra una opinion tan superficial, tan frívola y, ¿por qué no decirlo? tan impertinente, porque está completamente fuera del asunto, debería bastar una simple protexta. El dogma de la Trinidad no es una regla de cálculo, sino una doctrina metafísica para meditada en las últimas profundidades de la inteligencia. Sus adversarios nos hacen creer que no han reflexionado sobre él ó que atacan con preveccion al cristianismo. Cuando se trata de explicar á Dios, y, sobre todo, en la doctrina fundamental de la revelacion, no se

puede tratar de colocar al Sér absoluto completamente al nivel de nuestra inteligencia, ni de dar de Él un conocimiento tan claro como la luz, porque es carácter propio de las verdades relativas á Dios y á las cosas divinas, presentar dificultades al entendimiento, á causa de que le ponen delante un objeto infinito que él no podría comprender ni abarcar en sus estrechas y limitadas categorías.» Y Leibniz escribe: «Las dificultades que se presentan contra el misterio de la Trinidad son tales, que un talento mediano, capaz de verdadera atencion y que se valga exactamente de las reglas de la lógica ordinaria, se halla en estado de responder á la objecion más difícil, cuando está tomada únicamente de la razon y se pretende que es una demostracion... Porque sólo hay que examinar el argumento segun las reglas, y habrá siempre medio de ver si falta en la forma ó si tiene premisas que no están todavía probadas por un buen argumento.» Esto se ve en cualquier teólogo, y basta, por ej., Perrone para rebatir todas estas dificultades. El axioma de que *dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí* nada tiene que hacer en nuestro asunto, porque las tres personas son muy iguales é idénticas en cuanto á la esencia y á la naturaleza, pero no lo son como personas y difieren en la Trinidad. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; pero no se sigue de ahí que el Padre sea el Hijo ni que el Hijo sea el Espíritu Santo. El supuesto falso no demostrado y hasta contrario á toda verdadera filosofía que se halla en el fondo de todas estas objeciones, consiste en admitir que la relacion entre la naturaleza y la persona es la misma para la naturaleza infinita que para la finita. La distincion entre la esencia y la persona que nuestro entendimiento establece en todas las cosas finitas, debe tambien encontrarse en Dios, pero de una manera análoga y no adecuada. Todo lo perfecto que vemos en las criaturas debe encontrarse en Dios, causa primera, pero de una manera digna de Dios, digna del Sér infinito, y por consiguiente, *por analogía* sólo con las criaturas. No puede negarse lógicamente toda distincion virtual en Dios, y particularmente en el asunto que tratamos, la distincion virtual entre la naturaleza y la persona, si no se quiere negar al entendimiento humano todo conocimiento de la divinidad.

Cuando, á pesar de esto, se ponderan las analogías tomadas de las criaturas hasta hacer de ellas determinaciones adecuadas de la naturaleza divina, necesariamente se cae en el error, como lo prueba la historia de los enemigos antiguos y modernos del dogma de la Trinidad. Así se ve que las objeciones de los socinianos, de Schleiermacher y otros dimanaban de la inmerecida y exclusiva autoridad que dan á las concepciones finitas de naturaleza y persona. Es necesario, pues, precaverse de toda explicacion que pretenda ser una demostracion natural del dogma de la Trinidad; y cualquiera de ellas, áun las más razonables de los Padres de la Iglesia y de los teólogos, jamás demuestran el dogma, aunque le hacen algun tanto accesible á la razon, y sobre todo creible. La pretension de haber comprendido y expuesto con acierto la evolucion inmanente de la vida divina es inadmisibile siempre, porque es un misterio impenetrable á la humana inteligencia. Por la misma razon es una deslealtad por parte del racionalismo la impugnacion del dogma por la insuficiencia de las explicaciones que suelen darse de él. Su verdadero apoyo no es otro que la revelacion, y al racionalismo no le queda otro recurso leal que negarla ó hacer ver la imposibilidad y contradicciones del dogma mismo. La falta y la imposibilidad de una idea adecuada de Dios y de la vida íntima divina, y la diferencia que necesariamente debe admitirse entre el ser, el modo de ser y las perfecciones de las cosas finitas de donde formamos nosotros todos nuestros conceptos, y el ser, el modo de ser y las perfecciones de Dios, hacen y harán siempre imposible cualquiera demostracion contraria al dogma de la Trinidad.

Cuanto á las analogías de las que se valen los Padres y los teólogos para explicarle y hacerle más creible, la principal es la que se toma de nuestro propio espíritu, que pensando en sí mismo, forma idea de sí, la cual en Dios es perfectísima é idéntica con su esencia, puesto que nada en Dios es accidental, á diferencia de lo que en nosotros sucede, en quienes la facultad de pensar no se identifica con el acto mismo ni con el resultado ó la idea. Esta idea, producto eterno del entendimiento divino que eternamente se conoce, es por lo tanto sustancial, idéntica al objeto, engendrada por el Padre y una de las ma-

neras de subsistir la divinidad, una hipóstasis ó persona, último complemento de la sustancia divina como pensada y perfectamente comprendida. Y amando eternamente el Padre al Hijo y el Hijo al Padre, producen al Espíritu Santo, igualmente sustancial, eterno y necesario, consustancial con el Padre y el Hijo.

En resúmen : Dios tiene un completo conocimiento de sí mismo; luego debe hallar en tal conocimiento todo cuando existe en Él. Si es completo, necesariamente debe ser real como Dios mismo, porque conocer y ser son una misma cosa en Él. Por eso su Hijo es su propia imagen, y por consiguiente consustancial con el Padre. El amor con que abraza á su Hijo y el que Éste muestra á quien le engendró, es una tercera persona igual á Él, y por consiguiente, el Espíritu Santo es consustancial con el Padre y el Hijo. Esta triada bajo la que se manifiesta la esencia divina, esta triple relacion de la divinidad consigo misma, se llama la Santísima Trinidad; porque la personalidad es el modo de subsistir, la existencia *per se* de la naturaleza racional. La personalidad es el más alto grado de perfeccion en la creacion; luego debe hallarse en Dios, por que es origen, fuente y tipo de toda perfeccion en el mundo. Querer aplicar á Dios pura y simplemente la idea de la personalidad humana, sería engañarse, porque en este caso particular, como en todos los demás, al pasar del hombre á Dios, no podemos proceder sino por analogía. Así, pues, cuando se trata de la personalidad divina, es menester entender por esta palabra no una sustancia individualizada, sino la existencia propia y por sí en una sola é idéntica sustancia. Sin embargo, se llama con razon Trinidad, ó Dios en tres personas, á esa triple subsistencia del Sér divino que es uno. La lengua humana es impotente para expresar este inefable misterio, careciendo de palabras que puedan expresar de un modo completo y equivalente la procesion inmanente de la vida divina, por lo que decia San Agustin: «Personas, si es que se deben llamar personas.» Pero si la palabra humana puede dar una idea aproximada de este misterio, no podia escoger la Iglesia un término más expresivo. No hay en Dios ántes ni despues, está todo entero con su divina esencia en cada uno de sus actos, por

lo cual ninguna de las tres personas es anterior á la otra, ni ninguna superior, sino que todas son eternas y Dios.

§ 3.º

Análogas consideraciones deben hacerse respecto al otro dogma fundamental del cristianismo, el dogma de la Encarnacion, por el cual creemos que Jesucristo tiene dos naturalezas perfectas, íntegras, sin confusion ni mezcla, en la unidad de la persona divina. Lo dicho acerca de la distincion virtual entre esencia y persona, y sobre la imposibilidad de elevarnos á un concepto adecuado de la divina personalidad, basta para poner este misterio al abrigo de toda objecion grave deducida de las nociones racionales, que formadas por la consideracion de las cosas criadas, sólo por analogía, y bien remota, pueden aplicarse á Dios. Y nótese que estos misterios, no sólo han sido y son admitidos por los más elevados ingenios y los más profundos metafísicos de los siglos cristianos, sino que formaban parte de las creencias religiosas de todos, ó casi todos los pueblos de la antigüedad. ¿Y es posible que esto sucediera, si en ellos se contradicen las leyes más elementales de la inteligencia, como con imperdonable ligereza afirma el racionalismo moderno? Ideas tan universalmente extendidas radican forzosamente en alguna verdad profunda, en alguna necesidad de nuestra naturaleza, y no pueden ni deben tratarse con la superficialidad con que son tratadas por cualquier racionalista, que las expone, juzga y condena *stans pede in uno*. Pero veamos algunas de sus objeciones.

«La personalidad no puede separarse de la criatura racional porque es forma esencial suya.» Ya está dicho que la esencia del hombre no es su personalidad; los elementos constitutivos de su esencia son su naturaleza espiritual y corporal. — ¿Pero no es la personalidad el modo y la condicion bajo la que se manifiesta la esencia? — Verdad es que subsistir en sí mismo, existir por sí es la forma de la existencia humana. Por eso la humanidad no es puramente impersonal en Jesucristo, pero tampoco es propiamente personal, porque subsiste en la hipótesis del Verbo, y es de esencia de toda sustancia que pueda,

mas no que deba subsistir necesariamente con una personalidad propia.

« Al ménos habrá que confesar que privada la humanidad de Jesucristo de personalidad propia, no tiene su perfeccion subjetiva, y es por lo tanto incompleta y defectuosa. » — De ninguna manera, porque si bien la posesion de la personalidad propia es una perfeccion que falta á la naturaleza humana en Jesucristo, en recompensa se halla ésta elevada á una dignidad de órden infinitamente superior por su union con la persona del Verbo. Así es cómo la naturaleza sensible que existe por sí en el animal, llega en el hombre, por su union con el espíritu, á una existencia de órden mucho más elevado del que por su naturaleza le pertenece. Por lo demás, no puede decirse que la naturaleza humana haya perdido en Jesucristo una perfeccion, por carecer de personalidad propia; porque, segun está dicho, la existencia por sí no constituye necesariamente parte de la esencia ó naturaleza, y Jesucristo es hombre perfecto por la plena posesion de lo que forma los elementos constitutivos de la humanidad. — « Mas siendo una misma cosa en Dios persona y esencia, ¿ no implica semejante union la unidad de naturaleza á la vez que la de persona ? » — Cierto es que en Dios esencia y persona son una misma cosa *en realidad*, pero *virtualmente* son dos cosas diferentes, porque en Dios la nocion de la esencia no implica la de la persona.

Veamos una última objecion. ¿ Qué es la humanidad de Jesucristo sin la conciencia y la determinacion propia, que no puede suponersele desde que se le quita la propia subsistencia y la personalidad ?—Aquí se confunden las cosas y se altera la idea de la personalidad. Tómase por carácter de hipóstasis lo que sólo es una propiedad de la sustancia y de la naturaleza espiritual. La inteligencia y la libre determinacion, y aún la conciencia y la determinacion propia son elementos constitutivos de la naturaleza espiritual del hombre, y por eso no sólo atribuimos á Jesucristo un saber y un querer divinos, sino tambien humanos, los cuales se reunen en la persona del Verbo, que se reconoce á la vez Dios y hombre, doble conciencia segun la naturaleza, y sin embargo, principio único, subsistente é individual en dos naturalezas, es decir, persona

única, humano-divina. De esta manera Jesucristo se conoce á sí mismo con su conciencia humana, como un hombre que es al mismo tiempo Dios, y por su conciencia divina se conoce como un Dios que es al mismo tiempo hombre. Lo mismo se entiende de su voluntad y de su actividad, que con ser dobles, el que quiere y obra es uno solo, reinando además perfecta armonía entre su voluntad y su acción divina y humana.

Pero esta objeción tiene sus raíces más profundas, de donde hemos visto surgir muchas dificultades contra el misterio de la Trinidad, es decir, de la injusta é insostenible pretensión de trasladar y aplicar sin restricción alguna á los misterios de la fe, categorías, definiciones y principios que pueden ser verdaderos con relación á las cosas humanas y finitas, pero que aplicados á la divinidad, sólo tienen un valor de analogía necesariamente modificada por la naturaleza de las cosas, mas no un valor absoluto ni una aplicación adecuada. Al enseñar la Iglesia los misterios tuvo que exponerlos en lenguaje humano, valiéndose de ideas conocidas y de expresiones usuales; se apoderó de los materiales acopiados hasta entonces por la filosofía, los hizo servir para sus fines, y procuró poner al alcance de las inteligencias estas sublimes verdades. Pero al mismo tiempo nunca cesó de repetirnos que ningún entendimiento humano puede comprender el misterio, ni palabra alguna es capaz de explicarle. No podrá probarse la imposibilidad de la Encarnación mientras no se demuestre que la diferencia entre la naturaleza y la persona es de todo punto contradictoria, ó al ménos, que toda naturaleza que llega á la realidad está dotada necesariamente de personalidad propia. Pero lejos de esto, tenemos un ejemplo contrario en la unión de las dos naturalezas, espiritual y corporal, en el hombre, formando una sola naturaleza y una sola persona, y constituyendo así una sorprendente analogía con el misterio de la Encarnación, aunque no una semejanza completa.

De todo lo dicho se infiere que sólo una meditación superficial y una superficial metafísica pueden dar lugar á que se tenga estos dos sublimes misterios del cristianismo por radical y abiertamente contrarios á las leyes de la inteligencia, como en nombre del racionalismo afirman Strauss y Reville.

Por lo cual éste último copia á la larga el Símbolo *Quicumque vult*, como si fuera un tejido de contradicciones y absurdos tales, que no hay más que ponerlos á la vista del lector para que así lo comprenda. Y lo peor es que no va del todo fuera de camino, si se trata de sus especiales lectores, y ¿á qué negarlo? de gran número de personas *ilustradas* en ciencias físicas, naturales, literatura, política, mecánica, etc.; pero que han cobrado horror á lo metafísico, y singularmente á lo dogmático de la teología, y no son capaces de meditar profundamente estas cosas. Pero ¿por qué hablan y escriben de ellas?— Así no advierte M. Reville que casi todo el símbolo *Quicumque vult* no es sino el desenvolvimiento lógico y necesario de los dos misterios de que venimos hablando; pues una vez admitidos, es de consecuencia rigurosa admitir todo el símbolo, so pena de incurrir en la más grosera contradicción. Y si, como hemos visto, no se puede demostrar contradicción ni imposibilidad en los misterios de la Trinidad y Encarnación, tampoco se puede contra sus naturales consecuencias, y si no, que intenten los racionalistas dar esa demostración.

Hemos terminado nuestra tarea no entrando en largos desenvolvimientos, como pedirían su importancia y la multitud de trabajos hechos en la Iglesia, primero por los Padres, y despues por los teólogos dogmáticos, singularmente los posteriores al socinismo. Esto nos hubiera llevado á escribir largos tomos, con el resultado seguro de que no fueran leídos por aquellos que quisiéramos nosotros que echaran una mirada del todo imparcial y libre de las prevenciones racionalistas de nuestros tiempos. Tenemos la esperanza de que, si lo hacen así, y no olvidando que lo sobrenatural y la creencia más ó ménos determinada en la encarnación de la divinidad, eran ideas corrientes en los siglos antiguos, abandonarán la idea de que la historia del dogma de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, es un producto extraño á la primera predicación del Evangelio, añadido por las generaciones posteriores, ya llevadas por un amor entusiasta á Jesús, ora influidas

por las ideas de Filon, cosa que en el estado actual de la crítica ya no es lícito sostener.

Si, pues, la divinidad de Jesucristo está clara en los Evangelios, incluso los sinópticos, y en los demás escritos del Nuevo Testamento; si la fórmula *consustancial* de Nicea no es más que la expresión teológicamente exacta de una idea expuesta de mil modos en los libros del Nuevo Testamento, y la legítima interpretación de las enseñanzas de Jesús, ya indicadas en los Profetas para todo el que los estudie con cuidado, no hay otro camino sino rechazarla como imposible y positivamente contraria á la razón, negar la autenticidad y veracidad de los escritos evangélicos y apostólicos, ó en fin, admitirla con los cristianos de todos los siglos, reconociendo el único principio que explica sin violencia la historia evangélica y la historia toda del cristianismo, y aún en gran parte de la humanidad. El primer partido hemos visto que es imposible; del segundo son pocos los partidarios que quedan entre los críticos serios, después de las inatacables defensas hechas contra la escuela de Baur principalmente; el tercero es el único verdaderamente científico y racional. Sin embargo, como el cuarto Evangelio es objeto de mayores ataques, y en él está más clara que en ningún otro la divinidad de Jesucristo, nos ha parecido oportuno procurar cerrar también esta puerta al racionalismo, que quiere permanecer en el terreno científico, y probar una vez más, por vía de apéndice á este trabajo, la autenticidad del cuarto Evangelio y su fidelidad en reproducir las enseñanzas de Jesús.

FRANCISCO CAMINEBO.

SECCION HISTÓRICA.

CARTA DE ROMA

sobre el «meeting» republicano celebrado despues de la muerte de Pio IX. (1)

Roma 27 de Febrero.

Voy á decir á V. algo acerca del tan anunciado *meeting*, que por fin tuvo lugar el domingo. Aunque el gobierno se oponia al principio, al fin cedió, y, ó dió la autorizacion que se le pedia, ó declaró que la tal autorizacion no era necesaria. Esto no obstante, no permitió que se fijasen carteles, sin duda por figurarse, y con razon, que los anuncios, en la forma que se hacian, eran como un *meeting* permanente. Y en efecto, no ha habido discurso más violento que el anuncio del cartel.

El lugar escogido fué el teatro Corea. Moral y materialmente considerado, era, á no dudarlo, el más á propósito. Primero, por temor de que la afluencia de gentes fuese mucha, se acordó repartir papeletas. Despues, viendo que nadie queria papeletas y que los pocos que por compromiso las aceptaban no hacian uso de ellas, se acordó abrir las puertas para que tuviese entrada libre todo el mundo. Esto no obstante, no hubo escándalo, ni entusiasmo, ni siquiera animacion. El teatro no se llenó, ni muchísimo ménos. Cualquiera diria que se trataba de la repeticion de una comedia ya muchas veces silbada.

Los periódicos más exaltados del radicalismo, los que más exageran el número dicen que los asistentes llegarían á dos mil. Otros bajan y bajan hasta quedarse en solos cuatrocientos. Yo creo que

(1) Por curiosa é instructiva copiamos de *El Tiempo* esta carta, á pesar de algunas groseras y repugnantes blasfemias, de que en ella se da noticia.

no iría descaminado el que se fijase en ochocientos, incluyendo, por supuesto, los agentes de policía, los corresponsales de periódicos extranjeros, los curiosos y hasta los ultramontanos, que deseaban ver para poder juzgar, pues todos juntos pasarían quizá de 300. La verdad es que el fiasco no ha podido ser mayor. Los padres graves de la democracia no osaron presentarse. Según parece, no se hallaban lejos, pero no querían exhibirse, sino ante un lleno completo y aún apretado. La comisión organizadora ha sido acusada de tibieza y no sé qué más. Para defenderse dijo que si había poca concurrencia, la culpa era del gobierno que, haciendo arrancar los carteles, había impedido que los obreros leyesen el anuncio. Nada de esto. Los obreros estaban demasiado bien enterados del lugar, día, hora y todo. Lo que hay es que un sol primaveral inclinaba á Ponte Molle ó al Pincio.

A pesar de la escasez de gente y de la falta absoluta de calor político, la cosa comenzó á eso de las tres y media y pudo terminar muy desahogadamente ántes de las cuatro. A está hora se retiró el público, el *pueblo romano*, sin alboroto, sin agitación, casi en silencio, ó sólo dando algunos vivas, exigidos por los muñidores de la *cofradía*. A la salida no hubo tropel; en la puerta no había ni se formaban grupos, y á los pocos minutos ya todo se hallaba en la más plácida calma.

Los agentes de orden público se restregaban las manos de gusto, pensando en lo poco que habían tenido que trabajar. Uno de ellos, dirigiéndose á su camarada, exclamaba: — «¡Magnífico día! ¡Se parece al del Vaticano, en el cual por poco perecemos todos asfixiados!»

Los oradores del *meeting*, como si fuesen Cicerones y hablasen en el *Foro*, desde los *Rastros*, se dirigían, no á los *quirites*, ó señores, porque esto ya parece poco democrático, sino á los *ciudadanos del mundo*, á los *romanos*, al *pueblo romano*, nada ménos. El público, al ver que se le daba un nombre tan ajeno de su profesión, se sonreía irónicamente como dando á entender que se hacía cargo de lo que son las farsas políticas.

El primer orador ó lector fué el ciudadano Tacconangeli, hombre desocupado, de bastante flema, y, aunque demócrata, y bastante demócrata, no poco pesado. Su arenga, llamémosla así, muy larga y muy mal leída, no arrancó aplausos, pero en cambio hizo bostezar de lo lindo. Al terminar, sólo por haber terminado, todos le aplaudieron con gusto. ¡Es tan grato el ver concluir lo que fastidial!

El ciudadano De Andreis, que no parecía industrial ni comer-

ciante, aparentando una indignacion bastante cómica, dijo: «Las peregrinaciones son una provocacion á Italia.» Al oír esto, muchos decian en voz baja: «Las peregrinaciones son un río de oro. ¿Qué sería de todos nosotros si cesaran?»

El ciudadano Nápoli gritó mucho, pero con la desgracia de no agradar á los señores. Su rasgo más feliz fué el siguiente: «El Papado la más monstruosa pirámide en presencia de la humanidad.» La cosa hizo reír. Lo merecía.

El ciudadano Bacci, político y poeta á la vez, queriendo hablar como hombre de Estado, dijo:

«El Papado ha muerto; pero no está muerto. Es preciso continuar haciéndole la guerra.» Despues, acordándose sin duda de que era poeta, se expresó en los términos siguientes: «Los papas sean leones ó corderos serán siempre lobos. De Roma debe salir el grito de emancipacion.» ¡Qué horror! El *pueblo romano* oyó esto y no lo aplaudió. Se conoce que aún no se había persuadido de que el mundo entero estaba... *pendiente de sus labios*.

El ciudadano Nobis, jóven de poca salud, pero de inmenso entusiasmo, al ménos aparente, por la *libertad*, dió principio á su *prosa* con el siguiente modestísimo exordio: «*Romanos*, ciudadanos romanos, ilustres continuadores del pueblo-rey, yo tengo ideas muy avanzadas; me figuro que aún entre nosotros han de parecer avanzadas en demasía.» Terminado este preámbulo, dijo: «Pío IX ha muerto. Yo paso escupiendo sobre su cadáver.» Cuatro ó cinco espectadores quisieron aplaudir; pero no les fué posible; la indignacion y el desprecio que veian en todos los semblantes, les obligaron á callar é inclinar la vista al suelo. Aun allí provocaba náuseas tan repugnante blasfemia.

El mismo ciudadano añadió: «La monarquía quiere galvanizar el Papado. ¡Hagamos guerra á la monarquía!» Hé aquí el grito de los partidos que se muestran hostiles al papa. Declaman contra el Vaticano; pero sólo mientras no se sienten con fuerzas bastantes para declamar contra el Quirinal. Esto ya no lo disimulan siquiera.

Por último, el ciudadano Bavio, diputado de la extrema izquierda, que, segun dice, quiere que sea toda Italia atea, cerró la *discusion*, afirmando que el *Non possumus* del pueblo debía oponerse al *Non possumus* del papa; que aunque el Vaticano ha hablado con bastante claridad, como el gobierno no lo entiende, el pueblo debe decidir; que la fe y la razon son inconciliables; que la fe es el apoyo de los reyes; que la *razon*, la incredulidad, es la base de las repúblicas, y que por lo tanto para poder acabar con las monarquías

era preciso acabar primero con la fe. Como Bavio hace alardes de erudito, suele citar no poco. En esta ocasion, para probar que su opinion era la comun entre los demócratas, citó á Manciani, que en 1848 sostenia que « un papa destronado sólo puede ser sustituido por un tribuno como Rienzi, » y á Mazzini, que por el propio tiempo exclamaba: « Si cae el papa, caerán tambien las monarquías por faltarles su base. »

Il Dovere, que tambien opina así, dice: « Entre el papa y el príncipe, cualquiera que sea su nombre, hay siempre armonía moral. » Y esto lo dice *Il Dovere*, como Bavio, dando á entender que, por más que existan divisiones profundas entre el Quirinal y el Vaticano, el Vaticano al luchar contra la demagogia, es el protector único del Quirinal. Esto, que parecerá quizá una paradoja, es, sin embargo, una gran verdad. La resistencia del Vaticano es hoy la única fuerza del Quirinal. Mientras el Vaticano resista, el Quirinal se podrá sostener. El día en que por desgracia el Vaticano ya no pueda resistir, rodará el Quirinal como rueda el árbol de siglos, descaujado y arrastrado por el torrente.

Hé aquí la única leccion útil que puede deducirse de lo dicho en el *meeting* del teatro Corea. »

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

(Núm. 54.—7 de Octubre de 1878.)

UNION Y CONSTANCIA.

Si la union del pueblo siempre ha sido necesaria, tanto en la antigua como en la moderna historia, para poner un dique á las arbitrariedades irritantes de los déspotas, en estos supremos instantes esa union salvadora es tambien indispensable entre todos los buenos republicanos de esta desventurada nacion, para desbaratar los propósitos liberticidas de ese mal llamado gobierno republicano

(1) Véanse los números anteriores.

de Madrid, que se inspira en Maissonave para entregarse de apostasía en apostasía, ya sea en manos de los hipócritas partidarios del príncipe Alfonso, ya en las feroces y sanguinarias de los defensores del carlismo.

Si; el gobierno Maissonave-Castelar, si nuestra unión y esfuerzo no se lo impidiera, marcharía al despotismo borbónico ó al absolutismo inquisitorial, con su imprescindible Santo Oficio, acompañado de esa pléyade de mamelucos, frailes inmundos, constantes y verdaderos enemigos de la humanidad y de todo progreso social.

¡ Ah España, España! ¿ qué haces? Hora es ya de que despiertes del profundo sueño en que yaces, si no quieres merecer la más terrible maldición de toda Europa, de toda la raza latina.

Si es que en algo estimas la honra de nuestros ilustres ascendientes, mártires de la libertad y de la República, ¡ levántate! y castiga el crimen de lesa nacion que está cometiendo ese cobarde, inconsecuente traidor á su patria y á su partido, á ese plebeyo hinchado que se apellida Castelar, el que despues de perturbarnos con su elocuente palabra por espacio de muchísimos años, llegando con su refinada hipocresía á merecer el honroso calificativo del Angel del pueblo; hoy desde la elevada cumbre del poder y faltando en todo y por todo á sus compromisos contraídos ante la faz del mundo entero, y lo que es más reprochable aún, en el credo republicano democrático, restablece la pena de muerte, admite en el ejército de la República á generales, jefes y oficiales de procedencia alfonsina, so pretexto de que son pundonorosos, pone en todo su vigor la ordenanza realista de Carlos III y Fernando VII, coarta la libertad de imprenta, la de asociacion y la de reunion, y finalmente, cuando estamos regidos aún ¡ oh vergüenza! por leyes monárquicas, desde los mismos escaños del Congreso de diputados (sin duda para hacer alarde de su criminal apostasía) manifiesta sin ruborizarse en lo más mínimo, que los españoles tenemos sobra de República y falta de Gobierno.

Despierta, pueblo español, fija tus miradas en la invicta Cartagena, y si quieres la libertad, si quieres la república, si verdaderamente amas la federacion y la fraternidad del mundo civilizado, únete y haz un esfuerzo al grito salvador de ¡ Viva Cartagena! que es bastante para confundir á esa plaga de ambiciosos que tratan de mistificar y de escamotearnos nuestra forma de Gobierno, nuestra República democrática federativa.

Union, pues, y ¡ Viva el Canton murciano, abajo el gobierno centralista, viva la República federal!

Á CASTELAR.

El demócrata Castelar, el republicano federal de siempre; el infatigable adversario de la pena de muerte; el severo censor de la Ordenanza militar, negacion de la personalidad humana y verdadera afrenta del siglo XIX; el irreconciliable enemigo de las dictaduras y de las oligarquias; el constante defensor de los proscritos y encarcelados políticos; el humilde obrero de la inteligencia y el más virtuoso hijo del trabajo, se ha convertido, al encumbrarse en la presidencia del Poder ejecutivo de la República, en déspota, intolerante, altivo, perseguidor de liberales, restaurador de la pena de muerte y de la ordenanza, incendiario y asesino de sus propios hermanos.

¿Quereis tocarlo hasta la más pura evidencia?

Leed sus discursos contra Sagasta y contra la monarquía de Amadeo, y sus artículos de la *Democracia* contra O'Donnell, y comparadlos con sus últimos discursos de esta Asamblea.

El ha pedido y defendido el proyecto de las autorizaciones para crear una dictadura; él ha patrocinado y sostenido el restablecimiento de la Ordenanza; él ha prohijado la inmoral coalicion de todos los partidos reaccionarios; él ha denostado, calumniado y proscrito á sus hermanos los federales; él ha mandado bombardear á Cartagena, y consentido la destruccion y el incendio de Valencia y Sevilla; él ha aprobado los suplicatorios para procesar y encarcelar á sus compañeros del Congreso, cosa nunca vista en los tiempos más reaccionarios; él ha hollado el inalienable derecho de las provincias á constituirse en estados cantonales y autonómicos; él ha declarado solemnemente que estaba de acuerdo con los autores de la rebelion del 23 de Abril y del 11 de Junio y con los hombres de la anterior Asamblea saboyana, cuya disolucion censuraba y combatia, aún hoy.

¿Quereis más?

El ha mendigado el auxilio de nuestro más implacable enemigo, el marqués del Duero, el constante verdugo de todos los liberales, el famoso rey de las afueras como decia *La Iberia*, proponiéndole general en jefe del ejército republicano del Norte, á pesar de ser el más reaccionario de todos los generales; él ha decretado la suspension de los derechos individuales, el estado de sitio de la Península y la disolucion de la Asamblea; él se ha erigido en indigno dictador, faltando á todas sus promesas, á todos sus antecedentes, á toda su

historia, á todos sus pactos con el partido federal; finalmente, él ha restablecido las Direcciones generales de las armas y derogado el decreto de 8 de Febrero último, reorganizando el cuerpo de artillería como ántes, justificando así la rebelion de los antiguos jefes y oficiales de este cuerpo, que tan duramente habia combatido, abrazando la bandera de Topete y demás conservadores, y entregándonos por completo á los alfonsinos; ha sustituido el armamento del pueblo por la Ordenanza de 1822 para la milicia nacional forzosa; los 80.000 hombres de la reserva y los 30.000 de la Guardia civil por la abolicion de quintas; la mordaza y la prévia censura para la prensa por la libertad absoluta, que siempre ha defendido, y la arbitraria exaccion de los 1.100 millones, faltando á la Constitucion y á las leyes por el respeto á la legalidad que tanto invoca.

¡Qué vergüenza! ¡Qué inmoralidad!

Emilio Castelar ha prevaricado; ha vendido la República á sus más encarnizados enemigos; ha declarado la guerra á todos los que le han elevado; se ha divorciado del pueblo á que pertenece, llamándole faccioso y rebelde: Emilio Castelar es un traidor.

Con decir que se ha rodeado de un Maissonave por ministro de la Gobernacion, de funestos antecedentes, á quien se le acusa de falsificador y monedero falso; de un Bernardo García para representante de España en Portugal, tan desprestigiado en política, como despreciado en la sociedad por todos los hombres dignos; del marmarracho Antonio Orense, que ha deshonrado las canas del venerable patriarca de la República, su padre, combatiéndole y negándole en plena Asamblea; y de otros varios que, como éste, carecen hasta de los primeros rudimentos de la enseñanza, está hecha su apología y la de esta situacion incomparable.

¿Qué podrán esperar de estos hombres la República y la patria? ¿Que podrá prometerse el país de esa Asamblea de mercenarios que repudian á sus propios hermanos con tal de recibir una limosna?

¡Emilio Castelar! ¡Eres un insensato pigmeo!

La adulacion y la lisonja han perturbado tu cerebro: tu vanidad y la soberbia te han soliviantado, como á Icaro, que desafió al Sol con sus alas de cera; pero como él, caerás sepultado para siempre en el abismo del desprecio.

Defensores de la inmortal Cartagena; nuestros hermanos de provincias por repetida vez han principiado á izar nuestra sacrosanta bandera federal.

Despeñaperros hoy se halla poblado por nuestros correligionarios, el héroe Paul y Angulo dirige nuestras huestes, y el gobierno miserable de Madrid ve escapársele de sus manos el presupuesto que defiende.

No haya vacilaciones, no haya divergencias, y pronto, muy pronto ese enemigo centralista caerá en el abismo insondable, unido con su desprestigio y sus infamias.

El gobernador militar de esta plaza, brigadier Pernas, se hace cada día más acreedor al aprecio y confianza ilimitada que le dispensan todos los buenos federales de esta plaza.

Ni de día ni de noche cesa un momento en el desempeño de su delicado cometido, atendiendo al buen régimen militar y defensa de Cartagena con un celo que todos reconocen y aplauden.

No será ingrato el partido federal con el ciudadano Pernas el día del triunfo.

El brigadier Carreras, jefe de la expedición de Alicante, otro de los buenos militares con que cuenta esta plaza, ya está aliviado de la ligera indisposición que el exceso de trabajo le acarrea.

Felicitemos á nuestro amigo por su restablecimiento.

Mañana publicaremos una detallada reseña sobre la última expedición llevada á cabo por nuestra potente fragata blindada *Tetuan* y el *Despertador*, ántes *Fernando el Católico*.

Felicitemos, en tanto, al jefe expedicionario, ciudadano Galvez, por el feliz término á que ha sabido llenar su cometido.

(Núm. 55. — 8 de Octubre de 1873.)

El Domingo por la tarde llegaron nuestros buques de la expedición á los pueblos de la provincia de Almería; ésta, como todas, se ha llevado felizmente á cabo, si bien el embarque haciéndose difícil en la playa de Garrucha, por los vientos E. y S. E. y no haber muelle ni embarcadero alguno, no pudo seguirse como se tenía proyectado á otros donde hubieran podido encontrarse grandes existen-

cias para el aprovisionamiento de la plaza. Sin embargo, ha traído un cargamento bastante importante de trigo y harinas, tabaco y otros géneros y algun dinero, habiendo sido imposible por el temporal el embarcar tambien 20 caballos que se devolvieron á las personas á quienes se les incautaron.

En la noche del 2 salieron de nuestro puerto el *Despertador* y la *Tetuan*, llevando á su bordo fuerzas de voluntarios de desembarco y la compañía de guías del general en jefe, todos al mando del ciudadano Antonio Galvez; en la mañana del dia siguiente daban fondo en el pueblo de Garrucha, distante 13 leguas de Almería; el desembarco se hizo con gran precision y rapidez; pero no hubo resistencia alguna; ántes al contrario, la poblacion, excepcion hecha de alguno que otro ciudadano que tuvo por conveniente poner en salvo su pellejo, se mostró simpática á nuestros expedicionarios, fraternizando á los entusiastas vivas dados á la República Federal, al Canton murciano y al jefe de la expedicion, Antonio Galvez, que era objeto por parte de todos de las mayores atenciones, siguiéndole por do quiera una multitud ansiosa de conocer y de estrechar su mano.

Despues de haber tomado raciones y organizado el servicio de administracion para las incautaciones de víveres en dicho pueblo, quedó una comision encargada y alguna fuerza, siguiendo la columna su marcha hácia Vera, distante 9 kilómetros, donde llegaron tambien sin novedad de ninguna especie. El Ayuntamiento de esta poblacion parece que habia intentado fugarse al recibir noticia de nuestra marcha, pero el pueblo siempre simpático á nuestra causa le detuvo por la fuerza, obligándole á suministrar los recursos que se pedian para Cartagena; el entusiasmo en este pueblo fué extraordinario; varias comisiones salieron á recibirlos y con repique de campanas y aclamaciones sin cuento, entraron triunfalmente nuestros guerreros, teniéndose tan solo algun momento de descanso y un delicado refresco que les sirvió el pueblo en las Casas Consistoriales. Roto el telégrafo por parte de Almería, supimos, sin embargo, que creian íbase á atacar dicha capital y las fuerzas centralistas concentradas en ella, parapetándose y pidiendo auxilios á todas partes; nuestra vanguardia detuvo tambien al correo, cogiendo tan solo la correspondencia oficial por la que se pudo ver el pánico en que estaban las autoridades del Gobierno; y por varios documentos concernientes á las reservas, las iniquidades y atropellos que están cometiendo en los pueblos para hacer ingresar los mozos en los cuerpos.

Al oscurecer llegó nuestra columna á Cuevas de Vera que se decía opondría resistencia; ésta no tuvo lugar por la actitud enérgica de nuestros voluntarios, y después de verificar la misma operación que en los pueblos, replegaronse nuestras fuerzas á Garrucha, teniendo que hacerse el embarque con grandes dificultades y peligros por el temporal que azotaba las descubiertas playas de aquella costa.

En resumen, la expedición fué más corta de lo que se proyectaba por esta razón; pero consiguióse el traer algunas provisiones, y más que nada, convencer á esas sencillas gentes de nuestros sentimientos y nuestras aspiraciones, tan injuriados y calumniados diariamente por la prensa y por las autoridades del infame Gobierno central; en todos estos puntos se nos unieron algunos ciudadanos que han venido con nosotros á Cartagena para defender la Revolución cantonal y escapar á esa quinta disfrazada que les obligaría á abandonar sus familias, no para defender la patria, sino para combatir á la República. Sean, pues, bien llegados y encuentren en nosotros verdaderos hermanos, y en los muros de Cartagena baluarte seguro de sus derechos y libertades.

Son dignos de estudio los principios republicanos que el divino Castelar lleva á la práctica, hoy que para satisfacción de radicales y conservadores se encuentra al frente de la nación.

¿De cuándo acá es principio republicano el sistema preventivo á que se refiere culto en la circular del ministro de la Gobernación, que publica la *Gaceta*?

¿De cuándo acá es principio republicano la facultad en el Gobierno de advertir, multar y suspender á un periódico sin trámite alguno de juicio?

¿De cuándo acá es principio republicano la rigurosa aplicación al ejército de la Ordenanza de 1765?

¿De cuándo acá es principio republicano la suspensión absoluta, incondicional, de las garantías constitucionales, la anulación indefinida de los derechos individuales?

¿De cuándo acá es principio republicano el imponer contribuciones no votadas por las Cortes?

Pues estos y otros de igual índole son los principios que hoy dominan en la gestión de los negocios públicos, á pesar de hallarse ocupado el poder por el demócrata, por el gran propagandista, por el ilustre orador republicano, Emilio Castelar.

¿Insensato, y cuánto le ciega la vanidad y le trastorna la lisonja de la reacción que le precipita!

Él abandona á los suyos por dar calor á los ajenos: pues bien; él llevará el castigo que merecen los apóstatas y los cobardes.

Emilio Castelar, estás emplazado ante el tribunal del pueblo.

Para escarmiento y aviso de los que estando defendiendo una causa justa, cual es la República federal, intenten abandonar tan salvadora bandera, nos cumple hacer público que en el inmediato campamento acaba de ser fusilado un desertor que creyó sin duda encontrar perfecta acogida entre nuestros vengativos enemigos.

Hé aquí, segun nos la trascribe una persona de crédito que acaba de llegar del campamento de la Palma, la proclama que despues de consumado ese bárbaro acto dirigió el general Ceballos á sus tropas.

«Soldados: El fallo inexorable de la Ordenanza acaba de cumplirse en el que fué nuestro desgraciado compañero.

Un momento de extravío le condujo á desertar al enemigo, abandonando sus gloriosas banderas.

Caiga su sangre sobre los infames enemigos del orden, de la libertad y de la patria, que le han seducido y alucinado.

Con el honor por divisa y este triste ejemplo por enseñanza, espero cumplais vuestros sagrados deberes, á fin de no pasar por la situacion del infeliz, para el cual sólo nos resta pedir á Dios le acoja en su seno.

Camaradas: ¡Viva la honra del ejército!

Por un olvido involuntario dejamos de consignar ayer, que el ciudadano Manuel Florencio de Quintana, arrendatario del teatro principal de esta plaza, ha dejado gustosamente en beneficio de los hospitales de Cartagena, la cuota que le pudiera corresponder por razon de su arrendamiento de dicho teatro, como así mismo cuanto pueda corresponderle en lo sucesivo.

Algunas fuerzas centralistas que avanzaron hoy á la una de la tarde por la parte del polvorin de la Algameca, fueron rechazados por el fuego de nuestros cañones, sin que les quedaran ganas de volver á aparecer por ninguna parte.

(Se continuará.)

SECCION LITERARIA.

IL CANZIONIERE PORTOGHESE

DELLA BIBLIOTECA VATICANA (1).

(Messo a stampa da Ernesto Monaci. Halle 1875.)

La afición á estudiar las cosas antiguas, á engolfarse por lo desconocido y recóndito en el mar de lo pasado, y á divulgar el conocimiento de literaturas que el olvido hizo nuevas, va siendo más general cada día. El público de bibliófilos curiosos crece en todos los países, y hace fácil á cualquier celoso editor el publicar libros de consulta y de grandísimo interés para los doctos y pacientes; pero libros de los cuales parece imposible que haya un solo profano capaz de leer dos páginas sin morir de fastidio.

En extremo conveniente es, no obstante, que tales libros se publiquen. El códice ó el ejemplar rarísimo de la primitiva edición puede quemarse, extraviarse ó destruirse, perdiendo, por lo tanto, la ciencia aquella fuente de saber, aquel documento venerando. Si, por otra parte, no existe sino un ejemplar ó un códice del mencionado documento, ó si existen dos ó tres, que se archivan y custodian en apartados sitios, es difícil y costoso que los hombres de ciencia los vean y compulsen; y sin que álguien se sacrifique, viéndolos y consultándolos, tal vez jamás se logra poner en claro muchos puntos oscuros de filología, y tal vez no se descubre la historia íntima de las sociedades que fueron: no ya lo oficial de la vida de entónces, sino lo familiar y privado, como usos, costumbres, amorios, galanteos, afectos y pasiones de otro orden que el político y paladinamente histórico.

Infiérese de lo dicho, que acaso en el libro de más enojosa lectura está, en caos y en gérmen, todo un mundo de bellezas; que

(1) *La Academia* ha publicado tambien este interesante artículo.

aguarda sólo para salir á luz el mágico conjuro de críticos sutiles ó de ingeniosos historiadores y arqueólogos, en quienes la fantasía corre pareja con la calmosa laboriosidad ó con la infatigable diligencia.

En este sentido es siempre digna del mayor aplauso la publicación de todo libro raro, y el que le compra y le coloca en su biblioteca, aunque se guarde bien de leerle, debe recibir también alguna alabanza. Lo cual no se opone á que nos prevengamos y precavamos contra los entusiastas que hallan ameno y delicioso cuanto es raro y desenterrado. Bueno es siempre poner las cosas en el lugar que les corresponde.

Traemos aquí todo esto á propósito de la poesía trovadoresca de los cancioneros que, en España y Portugal, ó há menester de una clave ó de un ensalmo misterioso para que descubra su justo valer, ó nos hace presumir á los que no poseemos dicha clave ó dicho ensalmo que dista mucho de merecer el nombre de poesía.

El que esto escribe no ignora que va contra la corriente y que se expone á que le llamen Zoilo; pero se resuelve á decir con sinceridad que en los cancioneros de Baena, de Resende, de Estúñiga, etc., etc., y en cuantas composiciones trovaderescas, meramente líricas, de los siglos XIII, XIV y XV, ha llegado á ver, apenas ha hallado media docena de composiciones sufribles, que cautiven por la forma, conmuevan por el sentimiento ó interesen por la idea, salvo las tan sabidas coplas de Jorge Manrique.

Prueba de que la belleza en la poesía no llega á hacerse patente sino por el primor de la forma, por la felicidad y tino de la expresión, por el arte, en suma, es que muchos de aquellos trovadores, cuyos versos nos enojan y nos parecen tan frios y prosáicos, tienen una vida real maravillosamente poética: y tal vez la misma seca y amanerada composición suya, que leemos en un Cancionero, ha sido inspirada por un amor vehemente y sublime, que da ó puede dar argumento á novelas caballerescas, poemas y dramas. Así, por ejemplo, sin salir del círculo de los que en lengua gallego-portuguesa escribieron, citaremos á Macías el enamorado; al conde de Barcellos, tan rendido amador de la reina de Castilla; al infante D. Pedro, cuyas peregrinaciones compiten con las de Simbad el Marino; á Bernardín Ribeiro, que dicen que murió de amador por la duquesa de Saboya; á Cristóbal Falcon, que estuvo cinco años en una cárcel por su firmeza en amar, y á Diego de Melo, que mientras combatía en Azamor heroicamente contra los moros, fue abandonado por una ingrata perjura.

Las poesías, sin embargo, de no pocos de los citados heróicos trovadores, son ya más correctas y más bellas que las contenidas en el *Cancionero* de que vamos á hablar en este artículo: *Cancionero* que bien puede afirmarse que contiene los más antiguos documentos escritos en lengua portuguesa, al ménos en Portugal. Y decimos al ménos en Portugal, porque el portugués de entónces se hablaba en Galicia por el vulgo, y era además en Castilla lengua trovadoresca y cortesana. De aquí que exista un monumento, castellano en lengua y poesía portuguesa ó gallega, más antiguo que el *Cancionero* de que hablamos; más antiguo que todo otro monumento literario portugués de algun valor é importancia. Este monumento de la lengua y poesía portuguesa, que supera en antigüedad al códice de la Biblioteca Vaticana, es el libro de *Las Cantigas* del rey D. Alfonso el Sabio, inédito hasta ahora, y del cual dará muy pronto á luz una elegante edicion la Real Academia Española.

Antes de *Las Cantigas* y ántes del *Cancionero del rey D. Dionis*, que ha publicado por completo el Sr. Monaci, no hay composicion alguna portuguesa, en verso, que tenga carácter fidedigno de superior antigüedad. El poema de la Cava, y los versos de Guesto Ansuures, Gonzalo Herminguez y Egas Moniz, son evidentemente posteriores.

Tal vez la tradicion, tal vez algun vago fundamento histórico, fecundando la fantasia popular en el siglo XIII ó en el XIV, creó no sólo los versos, sino tambien dió sér á los poetas é imaginó las aventuras de las doncellas que iban en tributo al Califa y que libertó Figueiredo, de la hermosa Fátima, á quien Herminguez robó de entre los moros, casándose con ella y dándole el nombre de Oriana; y de doña Violante, que se huyó con un castellano, dejando poco airoso al pobre Egas Moniz.

La gloria, pues, de ser el primer monumento de importancia, el primer libro portugués, pertenece por completo á *Las Cantigas*. De ellas dió ya quien esto escribe extensa noticia en las *Memorias de la Real Academia Española*. Baste decir aquí que el códice de *Las Cantigas*, existente en Toledo, parece ser de 1255, cinco ó seis años ántes de que el rey D. Dionis naciera; y que en el *Cancionero* de la Biblioteca Vaticana hay una composicion que empieza:

En un tiempo cogi flores
del mui noble paraiso,
cuitado de mis amores
e del su fremoso riso;

la cual composicion se dice que es del rey de Castilla y de Leon, Don Alonso, que *vencen el rei de bela marim con o poder da alem mar apar de tarifa*, por donde se ve á las claras que el *Cancionero del rei D. Dionis* no pudo coleccionarse ántes de 1340. Média, por consiguiente, entre *Las Cantigas* y este *Cancionero*, un siglo casi de distancia.

En cuanto á la calidad, menester es tambien que confesemos que *Las Cantigas* valen más que el *Cancionero*, por no pocas causas y razones. Son *Las Cantigas* más que líricas, épicas ó narrativas, y, como cuentan, entretienen más: en la forma son más candorosas y sencillas é imitan ménos que el *Cancionero* la poesía provenzal trovadoresca; tienen hasta en la forma un carácter más popular y espontáneo; y, por último, la inspiracion religiosa de que nacen es más real verdadera y ferviente, que el alambicado erotismo trovadoresco del *Cancionero*.

Entiéndase bien que al afirmar esto no queremos que prevalezca lo castellano sobre lo portugués.

Cantigas y *Cancionero* pueden mirarse y calificarse como libros internacionales ó hispano-lusitanos. No consta que más de cuatrocientas cantigas, que encierra el código del Escorial, sean todas de D. Alfonso X. Bien pudo tener este rey por colaboradores á poetas portugueses. Y en cuanto al *Cancionero del rei D. Dionis*, puede afirmarse que encierra obras de muchos españoles. Sin duda que lo eran el ya citado rey D. Alfonso el del Salado; el rey D. Alfonso, el autor de *Las Cantigas*, que tiene tambien versos en el *Cancionero* de su nieto; Pedro Amigo de Sevilla, Pedro García de Búrgos, Juan Romeo de Lugo, Juan Juglar de Leon, Juan Ayras de Santiago, Gomez García, abad de Valladolid, y otros. La moda era entonces escribir en portugués la poesía lírica, y muchos castellanos poetizaban en portugués. En cambio en el siglo xv prevaleció el gusto contrario, y no pocos portugueses llenan de poesías castellanas el *Cancionero de Resende* y otros, dilatándose este gusto á tiempos posteriores y á más egregios vates, como Gil Vicente, Camoens, Sa de Miranda y Jorge de Montemayor.

Limitémonos ahora á dar una ligera noticia de la publicacion del Sr. Monaci. El *Cancionero*, que por completo publica, habia sido ya publicado en parte en París, en 1847, con un prefacio del doctor Gaetano Lopes de Moura. Y en 1868, 1870 y 1872 el señor Varnaghen habia publicado en Viena muchas composiciones de dicho *Cancionero*.

Los críticos Wolf, Diez, Grüzmacher y Teófilo Braga, le habian

descrito, le habian juzgado, y habian dado á luz la lista de nombres de sus poetas.

Las composiciones impresas, hasta la aparicion del trabajo del Sr. Monaci, eran 202. Su edicion tiene 1.003 composiciones más, inéditas ántes.

La edicion del Sr. Monaci nos parece nímiamente escrupulosa y diplomática. Se diria que dicho señor anhela apurar la paciencia de cualquiera profano entrometido y curioso y no consentir que lean su libro sino los sabios sufridos y pertinaces.

La anarquía ortográfica del códice se conserva con fidelidad. Ya tres ó cuatro palabras van aglomeradas en una sola; ya las sílabas de otra palabra se dividen y van á juntarse y pegarse á la palabra que sucede y á la que precede; ya todo se vuelve abreviaturas; ya se advierten signos extraños.

En resolucíon, para leer sin gran dificultad el *Cancionero* es menester ser paleógrafo; es necesario, sobre todo, estar muy de vagar, pues el códice, copia quizás del que el marqués de Santillana cuenta que vió, siendo niño, en casa de su abuela doña Mencía de Cisneros, parece haber sido trascrito por un copista que no sabía el portugués.

El Sr. Monaci explica con cierta modestia esta extreimada y casi fotográfica exactitud de su edicion.

«Una edicion crítica y definitiva, dice, de este monumento es empresa de naturaleza tal, que, en mi sentir, sólo los doctos del país podrán, despues de largos y múltiples estudios, darle cima. Para persuadirse de esto, basta considerar que aquí no tenemos un autor solo sino más de cien autores, que vivieron en tiempos diversos y de diversas provincias; que tales diferencias de lugar y de tiempo implican, naturalmente, diferencias de lenguaje y de forma, las cuales, por lo mismo que son ligerísimas, son aún más difíciles de distinguir y de apreciar, sobre todo despues de haber sufrido el texto ignoradas vicisitudes; que el asunto de las composiciones, á menudo satírico ó histórico, exige profundo conocimiento de vida local, de usos, de costumbres y de hechos hasta de la vida privada, remotísimos; y que la rítmica requiere estudios particulares, y no ménos estudio la ilustracion biográfica de los autores.»

De esta suerte se excusa el Sr. Monaci y justifica su no definitiva, aunque exacta reproduccion por medio de la estampa, del códice portugués de la biblioteca Vaticana, á donde se supone que fué á parar por medio del famoso cardenal D. Gil de Albornoz. No impide lo expuesto que sea magnífica la edicion hecha provisionalmente por

el Sr. Monaci y que vaya enriquecida con un prefacio de ocho capítulos, con notas sobre las abreviaturas y con un índice onomástico.

Ignoramos si el trabajo crítico del Sr. Adolfo Coelho, que el señor Monaci promete como complemento de la edición, ha aparecido ó nó, en otro volúmen. Si ha aparecido, y si no cuando aparezca, daremos de él cuenta en nuestro periódico. Quizás con la lectura del trabajo del Sr. Coelho se nos haga más interesante y amena la de las poesías del *Cancionero*; pero lo ponemos en duda. Las vidas de los poetas, si algunas se averiguan, podrán ser divertidísimas, pero esta calidad será difícil que se trasmita de las vidas á las poesías.

La gaya ciencia estaba harto difundida en aquellos tiempos, y no parece sino que el ser trovador era prenda natural y casi indispensable en todo hidalgo, ó como si dijésemos, valiéndonos de una frase novísima, en toda persona de buen tono. Por una lista de otro antiguo Cancionero perdido, lista que el Sr. Monaci también publica, se puede inferir que dicho Cancionero contenía obras de 1675 poetas. Así serían ellas. Bien es verdad que el ser de varios de estos mismos poetas debía de tener no poco de inconsistente y sofisticado.

Por ejemplo, el primer poeta de la lista es un señor Elis ó *Hazo*, que vivió en tiempo del rey Arturo, y pasó á la Gran Bretaña á vengar la muerte de su padre, enamorándose allí de la reina Iseo, á quien compuso lindos cantares.

Como quiera que sea, el *Cancionero* de que tratamos da testimonio de una cultura artificial, pero brillante, y de un florecimiento en la época y reinado del rey D. Dionis, modelo de reyes en la Edad-media, gran protector de la agricultura, y de todas las artes de la paz, empezando por la poesía, ó por lo que entónces se pensaba que era la poesía.

A la muerte de tan glorioso protector cantaban los trovadores:

Os namorados que trobam d'amor
 todos debiam gram doo fazer...
 porque perderon tan boo senhor
 como el rey D. Denis de Portugal...
 Os trovadores que poys ficaram
 em o seu reyno e no de Leon,
 no de Castela e no d'Aragon,
 nunca poys de sa morte trobaron.
 E dos jograres vos quero dizer
 nunca cobraron panos nen aver
 e o seu ben muyto desejaron.

El mismo rey D. Dionis, no contentándose con el papel de Mecenas, fué también trovador, y de los más fecundos y excelentes.

Además de las muchas composiciones suyas, que contiene este *Cancionero*, se le atribuye otro Cancionero sagrado, cuyo título de *Cancioneiro de Nossa Senhora* hace presumir que debió de ser algo parecido al libro de las *Cantigas* de su ilustre abuelo. De este otro Cancionero sagrado del *Rei Lavrador*, como apellidan á D. Dionis, no sabemos que se haya descubierto hasta hoy huella alguna, á pesar de las investigaciones de literatos eruditos.

Consideramos inútil, y hasta enojoso, trasladar aquí como muestra alguna composicion del *Cancionero* publicado por el Sr. Monaci. Es casi imposible, por indulgente que se quiera ser, hallar una sola composicion que tenga un valor estético. Y en cuanto á la importancia filológica é histórica, la creemos extendida en todo el monumento literario, y no cifrada en esta ó en aquella obra de las muchas que contiene.

Debemos añadir, para dar fin á este artículo, que así como la poesia de los Cancioneros es artificial, el lenguaje gallego-portugués en que se escribía acaso también lo era. La opinion del egregio historiador Alejandro Herculano, que afirma dicho aserto, no nos parece ni paradójica ni estrambótica, como él mismo, con sobrada modestia supone. Sobre la opinion de Herculano no nos atrevemos nosotros á poner otro aserto, que sí puede pasar por aventurado, pero que consignaremos como una hipótesis.

Las lenguas se convierten de vulgares en literarias, fundiendo diversos dialectos y modos de decir de diversas localidades.

Si esto se hace con tino y felicidad se crea una gran lengua. Si no se hace con facilidad y tino, queda siempre un idioma artificial, falso y jamás hablado. Quizás la lengua de los trovadores provenzales fué de esta segunda especie. Quizás algo de esto tuvo también la lengua de los trovadores portugueses y gallegos.

El idioma de los trovadores provenzales fué tal vez un idioma inmóvil, artificial, meramente literario, que jamás habló el vulgo.

El idioma, en cambio, en que escribió Dante, y en que habían antes empezado á escribir los poetas franciscanos, tal vez no era hablado por el vulgo cuando empezó: era como florilegio y conjunto de voces, giros y modismos de diversos dialectos de la península italiana; pero este conjunto se fundió con tal arte, con tal primor, con tan discreta traza, y con tanta fortuna, que creó una lengua nacional bellísima, y fué como el fundamento de una nacionalidad que nacía.

En el lenguaje de los Cancioneros portugueses no ocurre lo propio, sino dentro de ciertos límites.

Lo convencional es la imitacion de los poetas provenzales; lo que constituia el estilo de moda: pero la futura lengua portuguesa, vulgar y literaria á la vez, rica, hermosa é ilustre, la lengua de Camoens, de Barros y de Fray Luis de Souza, está en gérmen en el Cancionero del rey D. Dionis, á pesar de todos sus defectos, y más enérgica y claramente vive ya y se muestra en *Las Cantigas* del Rey Sabio donde todo, hasta el habla, es más verdadero, natural y espontáneo.

J. VALERA.

CRÓNICA Y VARIEDADES.

LA ESTUDIANTINA ESPAÑOLA EN PARÍS.

Por español y por interesante y curioso ha de solicitar la atencion de nuestros lectores el asunto á que se refieren la siguiente carta y narraciones de los expertos corresponsales de *La Epoca*. No parece sino que en la alegre y animosa comparsa de nuestros jóvenes compatriotas han venido á reflejarse, al par que los trajes y costumbres, el espíritu emprendedor y brioso, de que el carácter nacional español dió al mundo pruebas tan esclarecidas en los siglos mejores de la Edad-media. En verdad, no se nos alcanza que la juventud de otra nacion alguna hubiera podido idear ni llevar á cabo con tal gracia y fortuna lo que nuestros compatriotas tan brillantemente han verificado; si bien contribuyera á ello (dicho sea sin mengua de gratitud por la hospitalidad y cortesía) el tono de frivolidad que se nota en las costumbres parisienses modernas. Hé aquí la carta:

«No es entusiasmo ya, es locura. Bien puede decirse que París no se ocupa en otra cosa. Sesenta y cuatro estudiantes españoles han tenido, como sabe el lector, la singular idea de venir en bulliciosa comparsa á pasar en París el Carnaval. En Valladolid, una comision de estudiantes salió á la estacion á saludarlos y á desearlos en Francia una cordial acogida. En Hendaya el cónsul español no los dejó marchar sin que almorzaran con él y ejecutaran alguno de los preciosos aires nacionales que traian aprendidos. En Burdeos otra comision de españoles salió á

suplicarles que se detuvieran siquiera por un día para que la ciudad francesa conociera la tradición española que los estudiantes han traído á París. Ninguna de estas súplicas ablandó á nuestros sopistas, que se habían forjado el propósito de amanecer el domingo de Carnaval en la hermosa ciudad que baña el Sena.

¡Qué descripciones del viaje hemos escuchado á algunos de ellos, compañeros nuestros hace un año en los bancos de la Universidad!

Al silbar el vapor, el paso doble de las bandurrias y guitarras de la estudiantina parecía que empujaba el tren y le hacía correr más de prisa. El ruido de los wagones, parecido al cañoneo de una batalla en medio de los valientes acordes de la banda, producía en ellos la excitación que la música militar y el olor de la pólvora produce en los soldados al entrar en combate.

—Si nos hubieran dicho que íbamos á conquistar el mundo, me decía uno de ellos, ninguno hubiera retrocedido.

Esta frase retrata el carácter español.

Las nieblas de la noche apagaron por fin los sonidos de los instrumentos.

Empezaba á amanecer; el director dió la señal, y se oyó el toque de diana más delicioso que músicos improvisados tocaron jamás. Las guitarras rompieron la marcha, siguieron las bandurrias y continuaron reforzándolo flautas y violines. Esta improvisación fué de un efecto sorprendente.

Llegados á París, se alojaron en el Hotel de Inglaterra, situado en el boulevard Montmartre.

Y aquí empieza la serie de triunfos de nuestros estudiantes. El domingo de Carnaval tuvimos un día delicioso.—Pues no faltaba otra cosa, decían; ¡si nos hemos traído el sol debajo del manto!

Después de almorzar, subieron en dos inmensos *brecks*, tirados por cinco caballos percherones, y empezaron á recorrer las calles de París en dirección á la embajada española.

Aquel apiñado grupo de muchachos, perfectamente vestidos, empuñando sus instrumentos; tumbados unos encima de otros; colgados de los estribos, saludando con gracia sin igual á todos, produjo un efecto indescriptible.

La turba los seguía entusiasmada. La policía, temiendo que se exagerara el entusiasmo, los seguía también.

El embajador tuvo la galantería de no querer aceptar la serenata hasta que se le hubiera dado primero al mariscal Mac-Mahon; pero una vez que se escucharon los sonos arrebatadores de la banda, nadie tuvo fuerzas para dejarles salir.

De regreso de la embajada, y cediendo á las súplicas de la multitud, intentaron detenerse en la plaza de la Opera para dar una serenata pública; la circulación se suspendió; 100.000 personas se agruparon en derredor suyo, y una orden del prefecto vino en seguida á suplicarles que

se retirasen, para impedir que una barricada de seres vivientes dejase completamente incomunicada una parte de París con la otra.

Los estudiantes siguieron dando serenatas.

Por la noche acudieron al Círculo de la prensa. Con la prisa no fué posible avisar á mucha gente. Hubo, sin embargo, periodistas bastantes para que al otro día París entero se agrupase delante del Hotel de Inglaterra á fin de ver á los estudiantes españoles.

De la serenata dada en el Círculo de la prensa puede decirse que data el éxito que han tenido en París. Los franceses son duros para conmovirse; pero cuando se llega á herirles en la cuerda sensible, son exagerados.

Apénas escucharon unas cuantas jotas, unas habaneras y unas seguidillas, les retozaba por el semblante la satisfaccion. Blavet, el redactor en jefe del *Figaro*, confesaba, aplaudiendo como un loco, que aquello era *charmant, très charmant*: á los españoles y americanos que asistian les brotaba el entusiasmo por los ojos; el conde Lepic, pintor notable, pedía que al marcharse le vendieran uno de aquellos pintorescos trajes á cualquier precio: cuando terminaban una de las piezas, no se aplaudía, se gritaba: cuando decían *olé*, el público les contestaba con otro *olé*: cuando los violines marcaban algunos compases, les interrumpian con frenéticos aplausos: Albert Wolf, el espiritual cronista de París, nos abrazaba en el colmo de su satisfaccion, y otro escritor cuyo nombre callo, decia que renunciaba á ser francés.

Se les preparó un refresco espléndido, y los mismos socios, es decir, los periodistas, quitando las botellas de Champagne de las manos de los criados, les servian; considerándose en ello muy honrados.

—«Juramos no olvidar la noche del domingo.» dijo *El Gaulois* en uno de los deliciosos artículos que ha dedicado á los estudiantes.

El paso doble que ejecutaron al salir del Círculo de la prensa para dirigirse á la redaccion del *Figaro*, fué calurosamente aplaudido. Una vez llegados, tuvo la policía que defender las puertas para impedir que la muchedumbre invadiera el edificio.

El *Figaro* es casi un compatriota. Todos los adornos de su casa recuerdan á España. Uno de los frescos retrata una escena del *Quijote*; otro una escena de las corridas de toros. Los estudiantes fueron recibidos como compatriotas. A la una los grandes coches les volvieron á conducir á su hotel.

El día del lunes marca el apogeo de su triunfo: la reina Isabel, el rey D. Francisco de Asís, el banquero Rotschild, el presidente de la república, les suplicaron que tocaran en sus casas.

Los estudiantes franceses han anunciado en todos los periódicos que hoy martes se reunen en la plaza del Panteon, desde donde se dirigirán en cuerpo al Hotel de Inglaterra á saludar á sus compañeros españoles. Hemos oido decir que les preparan un gran banquete.

Renunciamos á describir las dos serenatas dadas el lunes, la primera

en la redaccion del *Figaro* y la segunda en el palacio del Elisco, en el baile del mariscal Mac-Mahon. Al salir de dar la primera el gentío era tan numeroso, que la policía no pudo impedir que algunos instrumentos se hicieran pedazos. En el segundo, los 4.000 invitados del presidente abandonaron los salones del baile y los del *buffet* para escuchar las canciones españolas.

Espero que esa redaccion habrá traducido lo que sobre el particular dicen los periódicos parisienses y que el lector se habrá formado un ideal de la locura con que se ha recibido á la estudiantina en París.

Para terminar estas notas que en forma de parte telegráfico remito, añadiré que se prepara un gran baile en casa del director del *Gaulois*, cuya invitacion decia así:

«Los estudiantes españoles de paso en París ruegan al S.... que les haga el honor de venir á pasar la noche con ellos en casa de monsieur Edmundo Tarbé, director del *Gaulois*, el jueves, á las once de la noche.»

A este baile asistirán las grandes actrices de París. Los españoles les preparan además otro en el Gran Hotel.

París, desde las más altas regiones oficiales hasta las últimas capas de la plebe, no se ocupa más que de la estudiantina española.—ALFAR.

París, 5 de Marzo.

Véanse ahora los sucesivos informes recibidos sobre el mismo asunto:

«El banquete que en la tarde del 6 dieron los estudiantes franceses á la estudiantina española, habia atraido desde las seis de la tarde un gentío inmenso al jardín del Palais-Royal y á la calle de Montpensier. Cuando llegaron los estudiantes españoles, á las siete en punto, á los salones del restaurant, 36, galería de Montpensier, donde estaban ya reunidos los estudiantes franceses, fueron recibidos por los comisionados de éstos, los Sres. Arnault, presidente, Cazanova, Cabral, Gaston, Farnier, Baligot, Oslain, Coronado, Duleau, etc., que llevaban al pecho un lazo con los colores nacionales de España. Los estudiantes españoles se habian colocado en el sombrero un ramo de rosas encarnadas y blancas.

En el salon del centro, donde se hallaban los dos presidentes, español y francés, habian sido colocadas las banderas de las dos naciones.

A mitad de comida principiaron los brindis. Segun el programa, sólo debian pronunciarse cuatro, pero se contaron por docenas. Dos fueron dirigidos á las damas españolas y francesas. Un estudiante francés se levantó y pronunció estas palabras:

«¡Brindo por nuestros camaradas españoles, cuya iniciativa ha hecho volver entre nosotros la antigua alegría francesa! A los estudiantes

españoles que de nuestro Carnaval moribundo han hecho una encantadora mascarada y le han dado nuevo relieve trayéndole el resplandor de su sol meridional. ¡Vivan los estudiantes españoles!»

D. Ildefonso Zabaleta, presidente de la estudiantina, se levantó á su vez y pronunció en medio del mayor silencio estas palabras:

«Camaradas; brindo por los estudiantes franceses, por los émulos de los Bichar, los Cujás, los Fourier, los Pascal, los Berryer y de todas las ilustraciones que á tanta altura han elevado las ciencias, las letras y las artes francesas.

»Brindo por esa juventud generosa que continúa con nosotros las antiguas tradiciones de la hospitalidad cortés que coloca á la Francia á la cabeza de las razas latinas.

¡Brindo por la Universidad de Francia!

¡Viva la Francia!»

Al terminar el Sr. Zabaleta estas frases, tan lisonjeras para los franceses, tomó en su mano las dos banderas, española y francesa, y cruzando las dos astas, las besó con efusion. Una inmensa salva de aplausos acogió esta manifestacion patriótica.

Entre los estudiantes de París habia muchos extranjeros, rumanos, americanos del Norte y del Sur. Véanse tambien alumnos de la Escuela politécnica, de la Escuela de Bellas Artes y representantes de la prensa francesa y extranjera.

Antes de levantarse de la mesa, el Sr. D. R. de Morales, redactor de *La Correspondencia Española* presentó la siguiente mocion:

«Para perpetuar el recuerdo de la fraternizacion tan cordial entre los estudiantes franceses y españoles, propongo que se establezca en París un comité de estudiantes de ambos países, encargado de fomentar por todos los medios posibles la union de la juventud estudiosa de Francia y de España. — R. de Morales.»

A las diez y media, no siendo los salones del restaurant bastante espaciosos para permitir la organizacion de un concierto, bajaron los estudiantes españoles al jardin, y enfrente del café de la Rotonda tocaron varias piezas con grandes aplausos de la muchedumbre.

A las once se separaron los estudiantes á los gritos de ¡viva Francia! ¡viva España!

La estudiantina sabió en carruajes en la plaza del Palais-Royal, y fué á casa de la princesa Matilde, que la estaba esperando desde las nueve de la noche. Despues de disculparse de su retraso, motivado, tocó en un salon del jardin de invierno delante de los convidados de la princesa varias habaneras y seguidillas, que fueron aplaudidas con frenesí, y se retiró á su casa á la una ménos cuarto.

El dia 7 á la una fueron á casa de la señorita Sanz, donde tocaron varias piezas; á las tres daban un concierto en las Tullerías, y por la noche, ántes de ir á la reunion que les tenía ofrecida M. Edmundo Tarbé, debian ir á saludar á la duquesa de Valencia en la calle de Clichy.

¡Cosa admirable! dice *Le Temps* hablando del banquete de los estudiantes: ni una alusión política se ha deslizado en los discursos, y eso que habia representantes apasionados de todas las opiniones; pero se habia dado por consigna no decir nada que pudiera ofender á nadie. Así es que el órden no pudo ser mayor.

Ni siquiera hubo ruido, porque sería injusto dar ese feo nombre á la algazará más amable, y sin embargo, se oian los gozosos clamores de aquellos 350 entusiastas en todo el jardin del Palais-Royal y hasta en las inmediaciones de la Comedia francesa.»

«El concierto que la estudiantina española dió el 7, á las tres de la tarde, en el jardin de las Tullerías, en París, atrajo tal concurrencia, que en las dos horas que duró habia apiñadas 400.000 personas alrededor del recinto reservado. Durante ese tiempo estuvo interrumpida la circulacion de carruajes en diferentes puntos que allí conducian. Terminado el concierto, apénas pudieron los estudiantes abrirse paso en medio de los vivas para llegar á sus carruajes.

Después de comer fueron á casa de la duquesa de Valencia, á la de la condesa de Campomanes, á la de Mad. de Rostchild, de la que no salieron hasta las doce y cuarto. A la una ménos veinte minutos hacian su entrada con banderas al frente en los salones del hotel de M. Edmundo Tarbé, donde estaban reunidas casi todas las ilustraciones de París.

Los 42 comisionados estudiantes franceses que presidieron el banquete ofrecido el 6 á los estudiantes españoles, acompañaban á éstos á casa de M. Tarbé, y no los dejarán ya hasta el momento en que los estudiantes españoles vuelvan á sus estudios. En el primer piso fué servido espléndidamente el *buffet*, y se pronunciaron numerosos brindis.

La reunion se separó á las dos, después que las Sras. Judic y Leo y los Sres. Gailhard, Dupuis y otros hicieron oír las canciones más bonitas de su repertorio, y todos los convidados bailaron rigodones y walses animados.

El 8 por la tarde debian visitar los estudiantes españoles al Sr. Santos, comisario general de la Exposicion española, y á los Sres. André, G. de Rostchild y Riera. A las nueve debian ir á casa de M. Isaac Pereire, donde tomarian parte en el concierto que estaba preparado, y á las once saldrían de allí para ir al Gran Círculo Agrícola, y luego á casa del editor Charpartier, donde estarian hasta las doce, á cuya hora debian hacer su entrada en el baile de trajes y máscaras que daba en su honor en el Grand Hotel el comité español-americano.»

«La estudiantina española continúa llamando la atencion en París hasta tal punto que no es posible describir en un número todo cuanto han hecho en un día.

Las cartas y los periódicos recibidos de la capital de Francia vienen todavía dándonos detalles del banquete con que el dia 6 la obsequiaron los estudiantes franceses en el restaurant Richelieu, sito en la galería Montpensier del Palais Royal, y de los brindis pronunciados por estu-

diantes rumanos, argentinos, brasileños, polacos, franceses y españoles, brindis que fueron acogidos en medio de los mayores aplausos y de las más espontáneas manifestaciones de cariño y fraternidad literaria.

El día 7 no pudo salir del hotel en que se hallaba hospedada hasta las tres de la tarde por estar rendidos de fatiga. El mismo día estuvieron ensayando con nuestra compatriota Elena Sanz las obras que habían de ejecutar en el concierto preparado para ayer 10 en el teatro Italiano, y por la tarde tocaron en el jardín de las Tullerías en medio de cuarenta mil personas.

Desde el jardín de las Tullerías se dirigió al hotel que habitan los marqueses de Campomanes, en cuyos salones fué objeto de la más cordial, afectuosa y espléndida acogida.

Después de comer en el Hotel de Inglaterra estuvo en el palacio de la duquesa de Valencia, y más tarde en la recepción que en honor suyo ha dado el Sr. Tarbé, director de *El Gaulois*, y á la cual asistieron más de 2.000 personas.

No ha presenciado París un acontecimiento que haya despertado tantas simpatías y llamado tanto la atención como la presencia de la estudiantina española desde la entrada de las tropas francesas que regresaban vencedoras de Italia.

Los telegramas que recibimos hoy continúan dando cuenta de las atenciones de que sigue siendo objeto.

Hé aquí el texto de los mismos:

«*Paris 10.*—La estudiantina española continúa llamando la atención en esta capital.

Ayer, después de la visita al príncipe de Galles, fué al baile de beneficencia dado por la Sociedad saboyana.

Esta tarde, si el tiempo lo permite, dará un concierto en el Jardín de aclimatación del bosque de Bolonia.

Por la noche tomará parte en el concierto del teatro Italiano á beneficio de los pobres.

Idem id.—La estudiantina española ha visitado hoy nuevamente á la señorita Sanz, á fin de ponerse de acuerdo para el gran concierto que debe verificarse esta noche.

Después se ha dirigido á Auteuil y al Jardín de aclimatación, donde la esperaba una multitud inmensa, que la ha saludado con las más vivas muestras de entusiasmo y simpatía.

Mañana irán á Versalles, donde darán otro gran concierto á beneficio de los establecimientos de beneficencia en el Palacio de la Industria, y después asistirán al gran baile que los estudiantes del barrio Latino dan en su obsequio.

Paris 12.—La estudiantina española ha ido esta noche, á las diez y media, á casa de Víctor Hugo, quien dirigió la palabra á los estudiantes, dándoles la bienvenida.

El director de la estudiantina, Sr. Castañeda, le contestó en estos términos:

«Nos felicitamos sinceramente de la benévola acogida que hemos obtenido.

»Hemos venido á ver á Víctor Hugo, no como al hombre político, sino como al hombre literato y poeta.»

Víctor Hugo contestó á estas palabras con las siguientes:

«Sin hacer política se puede propagar el progreso, combatir las preocupaciones y trabajar por la fraternidad de los pueblos. (Aplausos.)»

La estudiantina tocó despues varios trozos de su repertorio, obteniendo entusiastas felicitaciones de Víctor Hugo, quien les manifestó que sentia no pudiesen aceptar su invitacion de asistir á una representacion del *Hernani*.

Los estudiantes españoles se dirigieron despues al Circo Fernando, donde, á peticion del público, tocaron dos trozos de música, que fueron aplaudidos calurosamente.

Terminada la funcion, la estudiantina fué obsequiada con un refresco, retirándose á su hotel á una hora bastante avanzada.»

«La estudiantina española estuvo el dia 9 á fotografiarse en grupo escalonado y sobre los charabancs que les sirven de vehículos en sus excursiones. A las dos de la tarde del mismo dia fué al hotel de Bristol, que habita el príncipe de Gales, quien no cóntento con haber oido á nuestros paisanos en el Casino Imperial, ha querido oír durante tres cuartos de hora varias piezas del escogido repertorio nacional de la estudiantina.

El heredero del trono de Inglaterra ha quedado tan sumamente satisfecho de la estudiantina, que al estrechar amistosamente las manos de los Sres. Castañeda, Zabaleta y Balderrain, les ha dicho: «Esta noche me voy á Lóndres. Vénganse ustedes y les prometo triunfos de que no tienen ustedes idea.»

El Sr. Castañeda contestó que la estudiantina agradecia en el alma la aprobacion con que le honraba su alteza y la bondadosa invitacion que se dignaba dirigirle; pero que la necesidad en que estaban todos sus compañeros de continuar sus estudios universitarios, les obligaba á rehusarla, sintiéndose profundamente reconocidos por ella.

El viernes próximo saldrá de Paris con direccion á España, deteniéndose nuevamente, y muy poco tiempo, en Poitiers.

Paris 13.—A una hora muy avanzada de esta madrugada ha terminado el gran baile con que los estudiantes franceses han obsequiado á la estudiantina española.

La concurrencia ha sido tan numerosa, que era imposible bailar. La fiesta ha sido brillantísima.»

Paris 13.—La estudiantina española ha asistido esta noche á la representacion del teatro de la Opera.

Mañana tomará parte en el concierto del teatro Italiano, á beneficio de los pobres de París.

Después irán al hotel de Luisa Noel, donde han sido invitados á una reunion íntima por los españoles peninsulares, cubanos y puerto-riqueños que se hallan de paso en París.

Profecías sobre los Romanos Pontífices.—Algunos papeles periódicos han publicado, y nosotros reproducimos por su oportunidad, las siguientes curiosas é interesantes noticias:

« Bien conocida es la célebre profecía de San Malaquias, el monje irlandés que desde hace siglos señala á todos los Papas con un mote ó divisa particular, que puede aplicarse más ó ménos á las condiciones singulares de su vida.

Hasta ahora, esas divisas han coincidido perfectamente con los Papas á quienes se aplicaron; y sin ir más léjos, ahí está la de Pio IX, que es de una exactitud asombrosa. *Cruz de Cruce* era el mote correspondiente al Pontífice mártir que acaba de recibir el premio de sus virtudes; y en efecto, la pesada cruz con que Dios quiso probar al anciano Pontífice, de otra cruz procedía: de la cruz blanca de Saboya, con cuyo símbolo dinástico se han cometido todas las iniquidades y todos los sacrilegios que constituyen la unidad italiana.

El sucesor de Pio IX está señalado con un mote no ménos original, y hoy más difícil de comprender, porque hasta ahora no hay hecho ni persona á que pueda referirse: el mote es: *Lumen in celo*: luz en el cielo.

Algo triunfante y glorioso parece indicar esta misteriosa divisa; pero realmente cualquier cálculo prévio que se forme, sobre tal especie de profecías, es aventurado y ciego (1).

Después de la luz en el cielo debe venir el fuego ardiente, *Ignis ardens*; en seguida la religion destruida, *Religio depopulata*; luego la fe intrépida, *Fides intrepida*; inmediatamente el pastor angélico, *Pastor angelicus*; después el Pastor y marinero, *Pastor et nauta*, y la flor de flores, *Flos florum*.

Al llegar á este punto las profecías se revisten de un carácter todavía más misterioso. Se aproxima el fin del mundo, y no quedan más que cuatro Papas: el uno *Medietate lunae*, el otro de *Labore Solis*, el tercero *Gloria Olive*, el último un Papa que se llamará *Pedro* como el Príncipe de los Apóstoles. *In persecutione extrema Sanctae Romanae Ecclesiae sedebit Petrus Romanus (en algunos Codices secundus,) qui pascet oves in multis tribulationibus, quibus transactis civitas Septicollis diruetur et iudeus tremendus indicavit (otros leen vindicabit,) populum suum* »

(1) No estaba proclamado todavía Leon XIII, cuando estas líneas se escribían.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO DUODÉCIMO

DE

LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

(duodécimo semestre: de 1.º de Octubre á fin de Marzo de 1877.)

SECCION DOCTRINAL.

Cuadernos. Páginas.

El paganismo en la sociedad moderna, introduccion al tomo duodécimo de <i>La Defensa de la Sociedad</i> , por D. Carlos María Perier.	169	3
Apéndice sobre lo más urgente y fácil de la reforma penitenciaria, por Doña Concepcion Arenal.	169	20
Huelgas, por D. J. Sallares Plá.	169	33
Las máquinas.— Carta primera á un obrero, por D. Ulpiano Gonzalez de Olañeta, Vizconde de los Antrines.	170	65
Idem.— Carta segunda, id. id. id.	171	129
Idem.— Carta tercera, id. id. id.	172	220
Idem.— Carta cuarta, id. id. id.	173	233
Idem.— Carta quinta, id. id. id.	174	337
Idem.— Carta sexta y última, id. id. id.	175	408
De la propiedad, por D. J. Sanchez de Toca.	170	76
Idem id.	171	145
Idem id.	174	321
Idem id.	175	385
Idem id.	176	433
Carta de un aficionado á toros á los redactores de <i>La Voz de la Caridad</i>	170	93
Discurso de inauguracion de las cátedras del Ateneo de Madrid, pronunciado el dia 8 de Noviembre de 1877, por D. José Moreno Nieto.	172	193
El Conde de Montalembert y el Padre Jacinto.	172	233
La cárcel llamada modelo, por Doña Concepcion Arenal.	173	257
Una opinion sobre las fiestas reales, por D. Carlos María Perier.	176	429

Cuestion sobre la enseñanza de los clásicos profanos, por D. Cárlos María Perier.	177	513
La divinidad de Jesucristo, según las doctrinas racionalistas, por D. Francisco Caminero.	177	516
Continuacion.	178	580
Continuacion.	179	641
Continuacion.	180	705
La muerte de Pio IX, por D. Cárlos María Perier.	178	577
Lo increíble, por Doña Concepcion Arenal.	178	614
Predicciones racionalistas contra el catolicismo, por D. Cárlos María Perier.	179	678

SECCION HISTÓRICA.

Apuntes para la historia de Cartagena.	169	46
Continuacion.	170	108
Continuacion.	172	248
Continuacion.	174	370
Continuacion.	175	425
Continuacion.	176	487
Continuacion.	177	548
Continuacion.	178	620
Continuacion.	179	686
Continuacion.	180	741
El Congreso internacional de Gante.	171	174
Cronología de las universidades.	171	178
La capilla de Saint-Maurice	172	237
La moneda en lo antiguo.	172	239
Barros emeritenses, por D. Vicente Barrantes.	173	299
Conclusion.	174	351
Decreto proclamando á San Francisco de Sales, doctor de la Iglesia.	175	422
Pio IX juzgado por los protestantes.	176	477
Restauracion de la catedral de Leon, por D. M. P. Villamil.	176	479
Episodios, por D. Leon Galindo y de Vera.	176	683
Carta de Roma sobre el <i>meeting</i> republicano celebrado despues de la muerte de Pio IX.	180	738

SECCION LITERARIA.

La hija de Aliménon.—Leyenda toledana del siglo xi, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas.	169	49
Conclusion.	170	112
La casita suiza, por El caballero de Alhama.	171	179
Dos fábulas de Esopo, traducidas del griego al castellano, por Don C. M. P.	171	183
La mantilla, por D. Antonio Frates.	172	247
Los tres maestros, por V.	172	253

Literatura diaria.— Páginas de luto.	173	313
En Alcalá de Henares el día 9 de Octubre de 1877, por D. Antonio Arnao.	174	377
Pronunciación de vocablos modernos, por D. Alejandro Olivan.	174	377
El Refranero general español, por D. José María Sbarbi.	175	431
Esther.— Lelenda bíblica, por El Áficionado.	175	494
Conclusion.	176	498
A la Virgen María, por D. Jesús Cencillo.	176	508
Poesías del Sr. Arnao, por C. M. Perier.	177	565
El esclavo de su culpa, por D. José María de Lizana.	177	568
En la muerte de Pío IX, por C. M. P.	178	630
El patinadero de la fortuna, por El Marqués de Villel.	178	630
Los bufos, por el mismo.	178	632
Los dos imposibles, por R. T. Muñoz de Luna.	179	696
Il cauzioniere portoghese della biblioteca vaticana, por J. Valera.	180	749

CRÓNICA Y VARIEDADES.

Carta de monseñor Guibert.— Las atrocidades turcas y las moscovitas.— La catarata del Sauke.— Invento útil para la correspondencia privada.— Advertencia sobre La Hoja Popular	169	61
Curacion de la elefancia.— El monte Ararat.— Escuela francesa de fotografia.— Libros recibidos.	170	126
El monumento á Quintana, por D. Mignel Martínez Ginesta.— El Abanico.— Túnel del monte Saint-Gothard.— Libros recibidos.— Advertencia sobre La Hoja Popular	171	184
Decreto de la Congregacion romana del Santo oficio, sobre el empleo de la lengua polaca.— Una academia singular.— Libros recibidos.	172	254
Pormenores sobre la vida de Pío IX.— Monsieur Legouvé y los jesuitas.— Calendario para 1878.— Advertencia sobre La Hoja Popular	173	317
El valle de las rosas.— Datos estadísticos de España.— Libros recibidos.	174	382
Congreso internacional de higiene, celebrado en Bruselas.— Centro católico de propaganda de Ferrol.— Apertura del Ateneo Barcelonés.— Advertencia sobre La Hoja Popular	175	445
La gruta de Belen.— Alocucion de Su Santidad.— Ferro-carril metropolitano en Londres.— Antigüedad de las campanas.	476	509
Historia de las ferias, por D. E. Martín Contreras.— Nuevos triunfos de la Iglesia católica en los Estados-Unidos.— Libros recibidos.— Advertencia sobre La Hoja Popular	177	571
Pensamientos morales, por D. Domingo Hevia.— El arte español en Roma.— Exploracion de terrenos.— Aguas subterráneas.	178	634
Elogios á Pío IX por sus perseguidores.— El entierro de Pío IX.— Noticias sobre el Conclave.— Las malas palabras.— Libros recibidos.— Advertencia sobre La Hoja Popular	179	639
La estudiantina española en París.— Profecías sobre los Romanos Pontifices.	180	756

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN LA HOJA POPULAR

APÉNDICE Á «LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD»

(que se imprime aparte y se da gratis.)

1.º de Octubre de 1877.

	Números.	Páginas.
Cuentos morales, por Doña Micaela de Silva	56	1. ^a
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.	»	4. ^a
Los caracoles, por C. M. P.	»	4. ^a
El cabrito y el lobo, por C. M. P.	»	4. ^a

1.º de Noviembre de 1877.

Cuentos morales, por Doña Micaela de Silva.	57	1. ^a
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.	»	3. ^a
Los cuatro cipreses, por C. M. P.	»	4. ^a
El cántaro y la esquina, por C. M. P.	»	4. ^a

1.º de Diciembre de 1877.

Cuentos morales, por Doña Micaela de Silva.	58	1. ^a
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.	»	2. ^a
La casita suiza, por El caballero de Alhama.	»	3. ^a

1.º de Enero de 1878.

Premios á la virtud.— Un obrero católico, por C. M. P.	59	1. ^a
Las orugas, cuento moral, por Doña Micaela de Silva.	»	2. ^a
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.	»	3. ^a
El nacimiento de Jesús, por C. M. P.	»	4. ^a

1.º de Febrero de 1878.

Las malas palabras.	60	1. ^a
Cuentos morales, por Doña Micaela de Silva.	»	2. ^a
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.	»	4. ^a
Mariposa, por C. M. P.	»	4. ^a

1.º de Marzo de 1878.

La gruta de Belen.	61	1. ^a
Cuentos morales, por Doña Micaela de Silva.	»	1. ^a
Pensamientos morales, por D. Domingo Hevia.	»	3. ^a
Refranes, adagios y locuciones proverbiales.	»	4. ^a

